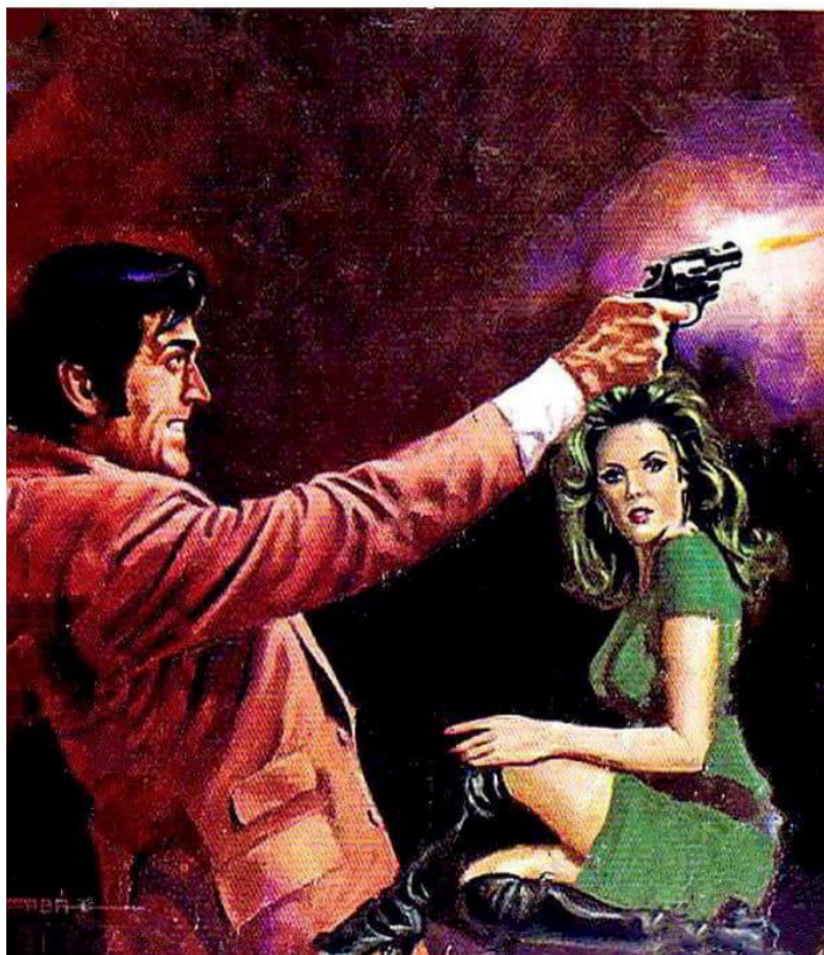




trampas para cazar buitres

de

cliff bradley



Los señores Costa y Díaz abandonaron a las diez y media de la mañana la oficina de Negocios Generales Limitada con la misma naturalidad que habían llegado y nadie paró mientes en ellos, ni siquiera cuando tomaron un potente y magnífico helicóptero en el helipuerto de Vaduz. A diario llegaban y marchaban hombres de negocios por tal y otros medios.

Para entonces, el señor Bryan estaba ya metido de lleno en otra de sus sorprendentes tareas.

—Marcia, ¿ya lograste descifrar eso?

—Creo que sí.

—Entonces, tráelo.



Cliff Bradley

Trampas para cazar buitres

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1227

ePub r1.0

Titivillus 06-12-2019

Título original: *Trampas para cazar buitres*
Cliff Bradley, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Existe en el centro de la vieja y nunca bastante ponderada Europa, un Principado de opereta. Se llama Liechtenstein y casi no hay modo de encontrarlo en los mapas al uso, para escolares; tiene una superficie —muy accidentada— de ciento cincuenta y ocho kilómetros cuadrados y, según el último censo, dieciséis mil cuatrocientos noventa y cinco habitantes. El 31,3 % de su territorio está dedicado a praderas y campos de cultivo, el 26,4 % a pastos, el 26,7 % a bosques y el 15,4 % son terrenos incultos. Tan sólo existen treinta hectáreas de terrenos urbanos y edificadas, o sea el 0,2 % de la superficie total del Principado.

Hasta hace muy pocos años, Liechtenstein fue un bucólico país, aunque su privilegiada situación estratégica en el cruce de las viejas rutas Milán-Munich y Basilea-Viena, que pasan respectivamente por los puertos de montaña de Splügen y Feldkirch antes de entrar en su territorio. Ha tenido de siempre muchísima importancia como punto de tránsito en las relaciones comerciales de la cuenca urbana mediterránea con el mar del Norte y el ámbito danubiano. En toda su mitad oriental álzanse imponentes cumbres que culminan en los picos Falknis y Naafkopf, de 2566 y 2573 metros respectivamente. Pero su mitad occidental está formada por una feraz llanura que llega hasta el mismísimo padre Rhin, el cual forma su frontera con Suiza. El clima, muy frío en la zona alpina, se dulcifica tanto en el valle, que permite cultivar la vid, el trigo y el maíz.

En realidad, Liechtenstein, denominado también «la isla de la paz», fue hasta hace poco un país de marcada estructura agropecuaria. Pero a partir más o menos de la ocupación de Austria por los nazis —que en su día también intentaron merendarse el minúsculo Estado, llegando hasta enviar allí a una potente unidad acorazada al mando de un general y todo, contra las tres docenas de gendarmes del Principado—, el pequeño país campesino inició una explosiva transformación. Hoy día sólo uno de cada cinco de sus habitantes se ocupa de la agricultura, mientras tres lo hacen de la industria y el comercio, y el restante 20 % de la administración y las profesiones

liberales. Hay medio centenar de fábricas, que emplean a más de dos mil quinientos obreros. Pero con eso y su aún floreciente ganadería, los ingresos más importantes del diminuto Estado proceden de otras fuentes. El turismo, la filatelia y...

Bueno, antes digamos que Vaduz, la capital, tiene tres mil quinientos habitantes, Schaan dos mil cuatrocientos y Triesen poco más de dos mil. Las restantes poblaciones del Principado son poco más que bellas aldeas. La soberanía la ejercen desde hace más de dos siglos y medio los príncipes de Liechtenstein, que además son duques de Troppau y Jágendorf y condes de Rietberg, pero el poder legislativo lo tiene una Cámara de quince miembros, elegidos por votación universal directa. Desde 1924, Liechtenstein está unido a Suiza en los aspectos fiscal y aduanero; también Suiza se encarga de la representación diplomática y consular del Principado en el exterior y le suministra sus servicios de Correos, Telégrafos y Teléfonos. Además, suizo es el sistema monetario. Y aquí está la madre del cordero.

Porque no se pagan impuestos en Liechtenstein. El país carece de los cánceres que devoran las economías de los grandes; no hay fuerzas armadas ni, prácticamente, burocracia. En cambio, hay centenares de oficinas pertenecientes a importantes e importantísimas empresas, algunas de las cuales, si se pusieran en venta, podrían adquirir el Principado entero, con sus soberanos a la cabeza, sin emplear en la compra todos sus capitales. Empresas alemanas, italianas, austríacas, suizas, inglesas, francesas, norteamericanas... Internacionales, vamos, tienen sus sedes legalmente registradas en el pequeño Principado y se benefician de todos los beneficios consiguientes. Pero no se crea que eso supone una explotación inicua de los indígenas, ni tan siquiera un coloniaje, todo lo contrario. Los beneficios son mutuos y de todo orden.

Por ejemplo, no se recuerda en Liechtenstein uno de esos casos de asesinato que son el pan de cada día en cualquier nación civilizada. Tampoco hay atracos a mano armada, drogadictos y cosas así. La paz del pequeño país es absoluta.

Sabido es que el dinero es tímido y asustadizo como una doncella de las de antaño. Dado que cada metro cuadrado de Liechtenstein debe servir de sólido apoyo a digamos un millón de dólares, resulta

por demás comprensible que todos aquellos poderosos, poderosamente interesados en mantener el *status* del Principado hayan realizado una especie de «acuerdo entre caballeros» muchísimo más efectivo que cualquiera de esos tratados repletos de firmas y protocolos que tan laboriosamente suscriben políticos y diplomáticos. Listo está el granuja internacional, el *hippie* contestatario, que trate de perturbar la paradisíaca calma de Liechtenstein. Le quitan las ganas para siempre, de un modo discretísimo.

Eso lo saben los hampones. Y van aprendiéndolo los *hippies*. A Liechtenstein se va a disfrutar unas gratas vacaciones, a realizar negocios legales o al menos con marchamo legal... y no a otra cosa. «Donde mores, no robes...» ni dejes que otros lo hagan.

La Jagerstrasse es una de las más bonitas y animadas calles de Vaduz, repleta de tiendecitas realmente agradables. Ni uno solo de sus edificios se dedica a vivienda; todos ellos, en las puertas, presentan doble línea de placas anunciando sobriamente que allí radican tales o cuales compañías, empresas o negocios de profesionales. El edificio marcado con el número 17 no se diferencia en nada de los demás, o sea que es hermoso, de tres pisos, y edificado con arreglo a las sabías normativas arquitectónicas vigentes allí.

Su interior es también sobrio, limpio y cuidado. Siempre hay mucho movimiento de hombres y mujeres en el ascensor y los pasillos, cosa lógica, pues allí tienen sus oficinas dos importantes compañías, una anglo-austriaca, la otra italo-suizo-americana. Además hay otros despachos...

Por ejemplo, el de Negocios Generales Limitada. Ocupa la tercera oficina a la izquierda en la planta superior del edificio, al fondo del pasillo y con una espléndida vista sobre el valle del Rhin.

No se crea, ni por un momento, que las empresas radicadas en Liechtenstein tienen oficinas de esas que aparecen en las películas americanas, o de altos *businessmen* internacionales. Nada más incierto. Lo más grande que existe en Vaduz es el edificio que alberga los servicios de comunicaciones, cosa por demás lógica. Las oficinas de las empresas, aun las muy importantes por lo común sólo cuentan con un personal reducido y escogidísimo, aunque, eso sí, están montadas con todos los adelantos de la técnica.

Por ejemplo, la de Negocios Generales Limitada sólo tenía un gerente y su secretaria, un antedespacho de cuatro metros por cinco y un despacho de cinco metros por seis, aparte una habitacioncita discreta para eso que las personas bien educadas no mencionan en sociedad. El antedespacho estaba sobria y elegantemente decorado, la secretaria era de lo más decorativo y el despacho en sí contaba con una decoración absolutamente clásica y señorial. También con un eficientísimo servicio electrónico de detección de todo tipo de micrófonos y demás artilugios «espías», por perfectos que fuesen, y un estupendo aislamiento acústico, todo ello montado por técnicos japoneses.

A las nueve y quince minutos de la mañana de aquel hermoso día de primavera, dos caballeros llegaron a la oficina de Negocios Generales Limitada. No había nada en ellos que les distinguiera de otros cientos que a tal hora andaban negociando por las distintas empresas radicadas en Vaduz y no merece la pena describirlos. Fueron recibidos por la secretaria, a la que, de veras, merece la pena describir. Había sido no mucho antes «miss Perfección Europea» y ciertamente que se mereció el galardón. Pero dejaremos que cada cual se imagine cómo era, eso causará sin duda más efecto.

—El señor Bryan les espera —advirtió a los recién llegados con una sonrisa mareante. Y con un sensual contoneo muy bien medido les precedió hasta la puerta de maderas nobles barnizadas en la que campeaba la palabra «Director Gerente». Abriéndola, anunció: El señor Costa y el señor Díaz.

Hay que hacer un inciso. Por razones obvias, nadie, entre quienes van a aparecer, usará su nombre verdadero. Después de todo, para lo que deben realizar más bien les resultaría incómodo.

Una voz varonil muy bien timbrada, lenta, sonora, invitó a pasar a los recién llegados. Y cuando hubieron pasado éstos, la estupenda secretaria cerró con cuidado, retornó a su asiento, cruzó las piernas y volvió a enfrascarse en el examen de una revista de modas.

El hombre que había invitado a pasar a los visitantes era un tipo humano poco común. A simple vista semejaba una mezcla de hombre de negocios, deportista y galán de cine, más bien feo, pero con esa clase de fealdad que atrae como imán a las mujeres. Alto y ancho de hombros, llevaba las ropas con desgaire elegante y su

expresión era ésa tan especial de ciertos *duros* muy corridos, cínicos y simpáticos, que tanto gusta a las mujeres. Fumaba una hermosa pipa tallada y no se molestó en levantarse mientras entraban sus visitantes, porque estaba manipulando algo en un aparato que había dentro de uno de los cajones de su hermosa, y poco cubierta de papeles, mesa de trabajo. Ellos esperaron a que acabara y se levantase, diciendo con una dura sombra de sonrisa:

—Listos. Ya podemos hablar. Bien venidos, señores. Espero que hayan tenido un buen viaje.

—¿Está seguro de que nadie podrá escuchar nuestra conversación?

—inquirió con tono autoritario, pero cortés, el más bajo y de más edad de los recién llegados. El llamado «señor Bryan» respondió con fría calma:

—Del todo seguro. Nos ha costado noventa y dos mil dólares la instalación y ha sido probada con todos los tipos de «espías» electrónicos actualmente en el mercado. Tomen asiento, señores. Supongo que les agraderá tomar una copa conmigo.

—Gracias, pero no bebemos...

—Usted, excelencia, acostumbra a tomar todos los días, por la mañana y más o menos a esta hora, una copa de este licor típico de su país. Espero que me honre aceptándola.

De un armario-bar cuidadosamente oculto dentro de un bargueño antiguo, Bryan acababa de sacar una botella de arcilla roja, de curiosa factura antropeide, y tres copas de cristal tallado de alto pie. Vio la sorpresa en el rostro de sus interlocutores y añadió suavemente:

—Estamos muy bien informados de todo cuanto nos interesa, créame.

—Ya lo veo... Bien, acepto esa copa.

Bebieron. Y fumaron. Parecían no tener prisa y sólo era que iban a tratar un asunto de máxima importancia. Hombres como los visitantes de Bryan no se desplazan a diario de incógnito con todas las precauciones del mundo por naderías.

—¿Qué le parece el licor, excelencia?

—Excelente. Es el que yo bebo; no le habrá sido fácil conseguirlo.

—Hacemos lo posible por agradar a nuestros clientes.

—Ya veo... Bien, vamos al grano. Creo que está perfectamente al tanto del motivo de mi visita.

—Por completo, desde luego.

—Entonces no perdamos el tiempo. No quisiera ser reconocido, aunque creo que me caracterizaron bastante bien.

—Yo diría que sí. Nuestros especialistas son perfectos en su tarea, excelencia; en eso radica nuestro éxito.

—Eso espero. Señor Bryan, ustedes van a secuestrar al general Castuera y no debe haber ni el menor fallo...

—No lo habrá.

—Eso espero. Nos han sido recomendados como los únicos y más eficaces especialistas en tal tipo de operaciones. Debo admitir que la información que poseemos acerca de ustedes y sus trabajos, es realmente impresionante. Pero en este caso es mucho lo que nos jugamos, usted lo sabe.

—Perfectamente. Si logran secuestrar al general pueden exigir, a cambio de su vida, el poder, y sin duda lo obtendrán, puesto que Castuera es, con toda evidencia, el pilar maestro de su régimen.

—En efecto. El presidente sólo es un hombre que se limita a eso, a presidir. En cuanto al resto de los hombres que detentan actualmente el poder en mi país, carecen de la talla suficiente. Si les falta Castuera, ninguno de ellos sabrá lo que hacer...

—Y el poder caerá en sus manos como fruto maduro.

—Ésa es la realidad. Pero la operación deberá efectuarse con toda minuciosidad de detalles, desde el principio al fin. Naturalmente, podríamos haber preparado ese secuestro utilizando a cualquiera de nuestros grupos de jóvenes idealistas...

Bryan hizo un perfecto ademán con la mano.

—Por favor... Ustedes son, sin duda, demasiado inteligentes para utilizar aficionados chapuceros.

—Por eso, estamos aquí. Y por eso estamos dispuestos a abonarles un cuarto de millón de dólares por ese secuestro. Ahora discutamos los detalles del plan, tengo que estar de regreso en Ginebra dentro de cuatro horas, para asistir a la recepción de gala a nuestro presidente que viene a inaugurar la Feria del Comercio de nuestro país, y el más pequeño retraso mío provocaría sospechas.

—Usted, excelencia, estará a las doce en punto de la mañana en Ginebra, sin lugar a dudas. En cuanto al plan, tengo aquí una detallada sinopsis del mismo, incluidos planos y maquetas, que vamos a examinar...

CAPÍTULO II

Los señores Costa y Díaz abandonaron a las diez y media de la mañana la oficina de Negocios Generales Limitada con la misma naturalidad que habían llegado y nadie paró mientes en ellos, ni siquiera cuando tomaron un potente y magnífico helicóptero en el helipuerto de Vaduz. A diario llegaban y marchaban hombres de negocios por tal y otros medios.

Para entonces, el señor Bryan estaba ya metido de lleno en otra de sus sorprendentes tareas.

—Marcia, ¿ya lograste descifrar eso?

—Creo que sí.

—Entonces, tráelo.

Ella entró con la revista femenina en las manos y una cálida sonrisa en los labios.

—¿Qué tal ese asunto? ¿Salieron satisfechos?

Bryan sonrió, mientras tomaba de la mesa, y movía en el aire, un cheque cruzado.

—Cien mil dólares, pagaderos a nuestra cuenta

XXW-72.

Para montar la operación.

—Así da gusto trabajar. ¿Cuándo lo ingreso?

—Lo hará Phil. A ver, trae eso.

La muchacha fue a sentarse con desparpajo en la mesa y tomó un cigarrillo de la lujosa arqueta de maderas raras que los contenía, mientras con la otra mano dejaba abierta la revista por una doble página en color, con un espléndido anuncio relacionado con prendas de camisería.

La estupenda ex *miss* plantó la afilada punta anaranjada de la uña de su índice encima del tercer botón, contando a partir del impecable cuello de una camisa de fibra sintética, reproducida en dicho reclamo.

—Fíjate aquí... Esta vez se esmeraron de veras.

—Es preciso superarse continuamente. A ver qué nos dice.

—Aquí está. Página tercera, quinto anuncio a la izquierda. Es un

depilador muy conocido... Segunda línea... Aquí. Es un artículo de belleza del famoso endocrinólogo ruso-americano Sinskowski. Antes trabajaba para los Estudios Espaciales, pero se pasó a Estados Unidos y le resulta mucho más remunerador dirigir una clínica especializada en belleza femenina... Dos asteriscos, aquí, en este párrafo... «La acumulación de celulitis en el tronco y parte superior de las extremidades inferiores...». Aquí está. Hay que buscar en la página cincuenta y dos. Página cincuenta y dos... Fíjate en esa chica guapa que está pintándose las uñas de los pies. Siempre me he preguntado por qué los fotógrafos han de empeñarse en torturar a las pobres modelos para que adopten unas posturas tan retorcidas, incómodas y risibles, a la hora de hacer cosas tan sencillas. Claro que no es lo mismo hacerlas en el propio cuarto de aseo que delante de los focos y la cámara, para un millón de lectoras.

—Estas fotografías deben examinarse con cuidado. Veamos. Uña del dedo gordo del pie, retoque debajo de la corva izquierda, lunar en la parte derecha, rizo de cabello delante de la oreja derecha... Página noventa y cuatro, anuncio decimotercero de la columna central. Ajá... Toma nota. «Caballero sentimental busca un corazón gemelo, preferible con sólida posición económica. El aportaría vasta cultura, posición social y una solidez moral a toda prueba. Escribid al Apartado Postal

21 407,

Viena». ¿Lo tienes? Descífralo.

Mientras la espléndida muchacha se alzaba de la mesa y retornaba al antedespacho, Bryan tomó un teléfono, marcó un número y habló alegremente.

—¿Marc? Soy Dick. Oye, ¿qué hay de esa partida de naipes? Tengo libre la tarde, recibí noticias de Viena y puedo permitirme el lujo... Ajá... De acuerdo, estaré allí a las cuatro y media. ¿Importa si me llevo a Rudy? Gracias, sabía que no ibas a poner objeciones... Sí, hombre, sí, también llevaré una botella de eso. Tengo una partida de cien, figúrate...

Colgó y recargó pausadamente su pipa. Luego tomó el cheque cruzado de cien mil dólares, lo examinó atentamente, sonrió, lo dobló, sacó una excelente cartera de piel y lo guardó en uno de sus compartimientos.

Marcia entró poco después con una libreta de notas y un bolígrafo

de marca mundialmente famosa. Aquel cuaderno de notas era de un papel especial, tanto como aquel bolígrafo. Porque el primero no marcaba apenas la huella de lo que escribía y el segundo estaba formado por una aleación tan combustible, que acercándole una cerilla se volatilizaba sin dejar cenizas.

—Aquí lo tienes. Peter comunica que todo está listo para desarrollar la operación

OS-14,

el diecinueve. Los muchachos llegaron sin novedad y ha sido realizado el ensayo general con resultados plenamente satisfactorios. Para cualquier emergencia, hay que comunicarse con él al teléfono

BA-7704.

—Perfecto, no se puede esperar otra cosa de él. Ya he avisado a Marc lo sucedido aquí con nuestros clientes sudamericanos. Está en contacto con Esteban; dentro de un par de horas le enviará la orden de iniciar la operación. Nosotros, esta tarde, vamos al castillo.

Ella volvió a tomar y encender otro cigarrillo, luego se acercó a la ventana y miró al exterior, expeliendo el humo con gracia y maestría. Así, envuelta en humo, miró de reojo a su presunto jefe.

—Me pregunto si habrá en alguna parte alguien, algún policía, o agente secreto, que sospeche la existencia de una organización dedicada a realizar operaciones capaces de influir en la política mundial por cuenta ajena.

—Y otros negocios similares. —Bryan se quitó la pipa de la boca y se repantigó en su comodísimo asiento, recreando la vista en la encantadora figura de su presunta secretaria—. No, por ahora no parecen sospecharlo. No olvides que somos un grupo de profesionales muy selecto y que actuamos con toda discreción, toda delicadeza y un elevado sentido de la ética.

—Desde luego puede afirmarse que formamos una pandilla del todo honorable, valga la antítesis.

—¿Pandilleros? Bueno, si nuestras actividades son contempladas desde un punto de vista muy estrecho, el que rige las relaciones humanas para aquellos que no son el propio juzgador. Pero a decir verdad, yo no me considero un pandillero, sino una mezcla de deportista y hombre de negocios. ¿Acaso te está remordiéndole la conciencia, muchacha?

Ella esbozó un mohín muy expresivo.

—Mi conciencia es tan elástica al menos como la tuya, Dick. Pero es que nos está saliendo todo demasiado bien y me pregunto cuánto ha de durar aún nuestra buena suerte.

—No hay razón para que no dure lo suficiente. Nosotros no somos criminales, Marcia, ni asesinos, ni ladrones. Somos gente de negocios; hemos montado con muchos gastos, trabajos, sacrificios y devoción, una empresa que nos comienza a rendir sustanciosos beneficios y eso es todo.

—¿Tú crees que nuestros «clientes» opinan lo mismo?

—Antes pregúntate quiénes son nuestros clientes. Hombres como Costa, políticos ambiciosos que anhelan el triunfo de sus ideas. Hombres como el coronel Goumir, que en otro tiempo habrían sido simples soldados de fortuna y que, por la fuerza de las circunstancias, se han convertido en hombres de gobierno. Hombres como el barón Scharff, financiadores de cualquiera que les garantice óptimos beneficios... Nuestra clientela, querida, la constituyen los ambiciosos de poder, de mando y de prestigio. Esa gente no tiene en cuenta nada más que sus ideales o sus intereses, créeme. Van a lo suyo y caiga quien caiga. ¿No es más honorable, más limpio, más justo, que vengan a buscarnos a nosotros, una pandilla de inteligentes, astutos, hábiles y bien preparados aventureros; de profesionales altamente conscientes de su valía y posibilidades, para realizar determinados asuntos que requieren mucha cautela y gran habilidad, en vez de utilizar a cuatro chapuceros con ínfulas de hombres de acción? Nosotros no fallamos jamás, no nos ensuciamos las manos, no involucramos nunca a nuestros clientes en nada de cuanto nos encomiendan. Pagan, se benefician y se lavan las manos. A veces retenemos a determinados individuos, es verdad; pero de un modo científico, elegante y puede decirse que sin violencia. Una vez en nuestro poder, les retenemos el tiempo convenido, en inmejorables condiciones para ellos, hasta el punto que, te consta, alguno nos ha rogado que alargásemos su secuestro para poder disfrutar de unas felices vacaciones en las que ni soñaba. Les devolvemos la libertad sin haberles causado violencia física, ni un rasguño, y eso es todo. Naturalmente, cobramos fuertes sumas por nuestro trabajo, no somos samaritanos bondadosos. Pero ese dinero nos lo pagan personas a quienes no les ha costado ningún verdadero

trabajo conseguirlo. ¿Sería mejor dejar a los aficionados irresponsables la tarea? Lee los periódicos. Sólo saben actuar brutalmente, tratando con salvaje violencia a sus víctimas, que a menudo son del todo inocentes y poco o nada tienen que ver con sus presuntas reivindicaciones. Luego, quienes les ordenaron actuar descubren, consternados, que les salieron al revés las cuentas y advierten que era lógico, pues a las gentes honestas y sensatas les ofende, hiere y repugna, todo tipo de violencia y mucho más cuando trata de justificarse bajo capa de idealismo. ¿Por qué crees que vienen a buscarnos Costa, Goumir, Scharff y los demás; por sentimientos humanitarios, por nobleza? ¡Bah! Ésos sólo tienen un código. Vienen a nosotros porque les garantizamos éxito y no violencia contraproducente. Por eso vienen y por eso pagan...

CAPÍTULO III

El Castillo se llamaba así, en castellano. Así, por ese nombre, le conocían en Triesenberg y sus alrededores. Y realmente parecía un viejo castillo plantado haciéndole competencia al de los príncipes, encima de Vaduz.

Se alzaba a casi mil metros sobre el nivel del mar, en la ladera de la montaña, a algo más de un kilómetro del bellissimo pueblecillo de Triesenberg y a idéntica distancia del diminuto caserío de Masescha. Llegábase hasta él por una serpenteante y estrecha carretera, entre dos paredes de bosque, y desde sus ventanas y balcones podía verse uno de los más vastos y hermosos parajes de Liechtenstein. Vaduz, Triesen, la fértil llanura, la ancha corriente azul del Rhin y las poblaciones suizas de Sevelen y Trübbach en la otra orilla del gran río.

El edificio constaba de cinco torres, cuatro de ellas albarranas y la quinta, varios metros más ancha y más alta, flanqueada por torrecillas esquineras, con cuatro lienzos de muralla. Había sido, en tiempos muy lejanos, morada feudal de los barones de Triesen. Después se arruinó y quedó casi abandonado hasta que, a principios de siglo, un neurótico noble austríaco que había vivido muchos años en España y se volvió medio loco por una española, a la cual raptó con buen escándalo, terminó casándose con ella y que murió al darle una hija, adquirió las ruinas y el terreno circundante y se gastó una millonada de entonces en alzar el castillo. A su muerte, sus familiares lo vendieron en pública subasta, casi por cuatro cuartos, y el comprador lo desmanteló prosaicamente. Pero hacía, algunos años que fue adquirido por cierto personaje a la vez excéntrico y discreto, que lo restauró, y habitaba en él durante nueve meses cada año, aunque haciendo frecuentes viajes siempre de corta duración. El nuevo propietario, al que se conocía en los alrededores como «el Marqués» y que figuraba en los registros oficiales con el nombre y títulos de Alessandro Ferrante de Montalto, marqués de Piazzaferrata, título concedido por la Santa Sede. Era un hombre de cuarenta y tantos años, alto, delgado,

totalmente aristocrático y con meridional apostura de maduro, *a la page*. Se le suponía una sólida fortuna y negocios de esos que tienen marchamo internacional; figuraba como viudo y solía tener, de vez en cuando, bellas invitadas en su mansión. Quienes conseguían entrada en ella, por cenas o alguna de las selectas reuniones sociales del marqués, afirmaban que éste había reunido en su castillo un verdadero museo de obras de arte exquisitamente seleccionadas y que era del todo ecléctico en cuanto a especialidades. También se alababan su cocina, su bodega y algunos otros detalles de esos que marcan la diferencia entre un verdadero aristócrata y un simple *parvenú*. Por lo demás, de él sabíase extraordinariamente poco. Unos le creían italiano, otros español, otros de algún país iberoamericano, y en su pasaporte figuraba como ciudadano de la pequeña, civilizada y hermosa República de Costa Rica. Era, en resumen, un espécimen perfecto del hombre interesante, internacional.

El Castillo estaba rodeado por una hectárea de parque razonablemente cercado, como compete a toda propiedad privada. Una densa masa forestal impedía a los curiosos ver bien lo que pudiera suceder en aquel parque y dentro de la fortaleza, que tal era realmente por el espesor de sus muros y la fidelidad con que fueron seguidos los cánones medievales, al reconstruirla sobre los cimientos en un estilo más ibérico que centroeuropeo. Por fuera resultaba hosco, bélico, imponente...

Cuando el «Porsche Flecha» de Dick Bryan, conducido por éste y llevando a su vera al esplendor de la primavera hecho carne adorable de mujer, atravesó la hermosa verja de hierro español, forjado a mano, que mantenía abierta un uniformado jardinero, eran las cuatro y veintiséis minutos de la tarde. Un sendero cuidadísimo entre macizos y arriates de flores y plantas de adorno, con surtidores rodeados por marmóreas estatuas de muy buen gusto, les desembocó en una pequeña explanada cercada por los copudos árboles del parque, por tres lados y el cuarto, por los sombríos muros semitapados de yedra del castillo. Allí se detuvo el potente vehículo deportivo. Bryan y su acompañante —una morena de ojos verdes, facciones picantes y cuerpo asombrosamente perfecto, resaltado por un traje de punto, difícil de diagnosticar— lo abandonaron y subieron ágilmente la hermosa escalinata de piedra

hasta el portalón ferrado, medieval, que tenía abierta una de sus dos puertas pequeñas, gemelas. Un mayordomo impecable, de cine, les acogió con una sonrisa que no tenía nada de protocolaria.

—El jefe está esperándoles con los demás en el salón de consejos.

Tanto Bryan como su acompañante daban la impresión de conocer muy bien el interior del castillo que, en efecto, era un maravilloso estuche de piezas artísticas, coordinadas con el más asombroso asincronismo y la más absoluta perfección, ambos demostrativos de una excepcional personalidad en el propietario del edificio. Finalmente entraron en una habitación grande, hermosa y confortabilísima, cuyo mueble principal consistía en una larga mesa de roble cincelada, con tablero de nogal bruñido y barnizado, adosados a la cual había doce sillones, media docena a cada lado, más uno con alto respaldo, más grande y alto, puesto sobre un pequeño estrado, que presidía la cabecera de honor.

En aquel sillón sentábase ahora el marqués Piazzaferrata, elegante y, a la vez, cómodamente trajeado. En ocho de los demás sillones hallábanse a la sazón seis caballeros y dos damas, ninguno de los cuales excedía de los cuarenta años ni andaba por debajo de los veinticinco. Los hombres, sin excepción y con las lógicas variantes personales, podían clasificarse como pertenecientes al tipo «hombre moderno de acción, altamente cualificado, de cerebro inteligente y gran capacidad agresiva». Las mujeres eran guapas, elegantes y, además, tenían personalidad.

Bryan y su acompañante saludaron cordialmente a la concurrencia y ocuparon sus asientos, frente por frente uno de la otra. Ella comentó:

—Creí que seríamos los últimos en llegar...

—Faltan únicamente Vladimir y Sónnica. Ya no deben tardar.

En efecto, apenas tres minutos más tarde entraron en aquel salón dos nuevos personajes. El tendría más o menos la edad del marqués y era, físicamente, lo que los novelistas de principios de siglo idealizaban como prototipo del aristócrata ruso. Muy alto, muy guapo, de cabellos casi negros con coquetones manchones grises en las sienes; facciones perfectas, estatuarias y frías; ojos color de humo de abedul en una tarde invernal y la tez de un blanco mate que resaltaba el color azulenco de la barba perfectamente rasurada. Lucía unas bien cuidadas patillas y un exquisito bigote de guías

insinuadas.

La mujer era también un tipo humano excepcional. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, o sea se hallaba en todo su esplendor. Tenía el cabello como el ala de un cuervo, con reflejos metálicos azulados, y dos rasgados ojos de tigresa, entre verdes, azulinos y dorados, con notas pardas; ojos de devoradora de sensaciones fuertes, de vida... También poseía un cuerpo casi tan perfecto como el de la muchacha acompañante de Bryan, pero algo más lleno. El vestido que traía, sabiamente realzador de sus encantos, debía haber costado una pequeña fortuna entregada a alguno de los templos máximos de la moda femenina; tal era su diabólica perfección de sencillez.

Aquellos dos ocuparon los asientos aún vacíos, igual que antes hicieran Bryan y su compañera, tras saludar a los demás. La estupenda mujer de ojos de tigresa sonrió cálidamente a Bryan al decirle en francés:

—Hola, Dick. Tienes un magnífico aspecto.

—El tuyo es tan abrumadoramente espléndido como siempre.

—Sónnica ha alcanzado la mismísima perfección en cuanto a seducciones —opinó con abierta sonrisa, la acompañante de Bryan—. Delante de ella cualquier chica se sentiría como una parvulilla.

—Cuando alcances mi edad, Ruby, serás igual que yo y comenzarán a dolerte un poco los elogios a tu seducción. Pero creo que no tengo derecho a quejarme, puesto que nadie puede quitarme ya lo que he vivido y conseguido.

—Y lo que tienes aún que vivir y conseguir...

Todos hablaban en francés, un francés perfecto, por cierto; pero sólo había un francés de origen allí. De hecho, no había dos que tuviesen la misma nacionalidad. Hubo un intercambio de frases acres, chispeantes, llenas de *sprit*, mientras el mayordomo y dos lacayos, impecables también, servían champaña viejísimo, helado en maravillosas copas de cristal. El marqués tomó la suya y la alzó, imitándole todos en el acto.

—Mis queridos y fieles compañeros, me complace reuniros de nuevo en este lugar, como ocurre cada seis meses, para reafirmar nuestra tradicional, inmutable e indestructible amistad. Ante todo, un brindis por nuestro grupo y porque tenga una larga vida.

Todos brindaron alegremente, pero dentro de una contenida

discreción. El mayordomo hizo salir a los dos lacayos, cerró las puertas del salón y quedó a la expectativa junto al carrillo donde había, metido en hielo picado, cuatro botellas intactas de aquel champaña de príncipes.

Tras el brindis, el marqués prosiguió:

—Permitidme rememorar los acontecimientos que llevaron a la creación de este clan, porque gracias a ellos hemos conseguido nuestra actual alegría de vivir, nuestra actitud de exiliados voluntarios de la horrenda civilización de más consumo y menos espiritualidad. Supongo que todos lo recordáis igual que yo y con el mismo agrado...

Tras una breve pausa añadió:

—Todos nosotros somos seres excepcionales en muchos sentidos. Pues no resulta normal reunir en una misma persona inteligente, osadía, valor, riqueza, salud física, belleza corporal... Pero además hay un par de características que nos son a todos comunes y nos elevan sobre otros de nuestros congéneres que también tienen juntas esas cosas. Nosotros creemos en un mundo mejor y más fraterno aunque, a decir verdad, en nuestra limitada capacidad de humanos nos resulte imposible predecir cómo será esa sociedad que presentimos.

Calló y hubo un suave, sonriente, aplauso general. Volvieron a alzarse las copas. Luego el marqués siguió con su bella voz de barítono y su exquisito francés de colegio caro, matizado por la vida:

—Cada uno de vosotros vivía aislado en su torre de marfil, rumiando impotencias, sueños, rebeldías. Cada uno de nosotros se sabía capaz de muchas cosas, intuía la existencia en el vasto mundo, de almas gemelas cuya unión podría crear una fuerza incontrastable, única. Pero ¿dónde estaban esos hermanos espirituales, cómo hallarlos y darse a conocer? Era nuestro dilema, nuestro tormento de exiliados en un mundo chato y materialista. Tendría que producirse un milagro...

»Y se produjo. Nos descubrimos y nos reunimos, nos hablamos y nos compenetrarnos. Nacidos en países muy distintos, criados y crecidos en ambientes muy dispares; muy pronto descubrimos que éramos hermanos gemelos, brotados en el seno de la misma idea: la del hombre limpio de corazón que debe caminar con los pies firmes en

la Tierra y los ojos, la mente, el corazón, abiertos, por el camino magnífico de las galaxias, hacia el Supremo Creador de todo, su único y verdadero señor.

Hubo otro aplauso cálido y breve.

—Así nacimos. No somos una familia, ni un grupito filosófico, menos aún un embrión de partido político y, desde luego, no una secta secreta. Somos eso, un clan, un grupo de orgullosos solitarios que no aceptamos las reglas al uso. De acuerdo con ellas, nosotros somos unos perfectos y absolutos inadaptados. Los más peligrosos, puesto que nuestras armas de combate son la carcajada y el sarcasmo, el desprecio y la burlona compasión. Pero también somos astutos como zorros, inteligentes, habilísimos enredadores de pistas, poderosos en dinero y otros bienes materiales, audaces hasta más allá de lo presumible, elusivos como la brisa y, lo que más les desconcierta e irrita, absolutamente nada sanguinarios ni crueles. Precisamente porque a pesar de todos los pesares, consideramos que el ser humano no debe dar muerte a un semejante bajo ningún concepto y que no existe ninguna regla moral, ni ley, ni circunstancia, salvo el caso concreto e irremediable de la defensa de la propia vida, o la de inocentes inermes, contra un agresor asesino, que justifique el que el hombre se convierta en verdugo del hombre. Es por estos principios por lo que jamás nos manchamos, ni nos mancharemos las manos con sangre humana, aunque debemos convenir que bastantes de los individuos con quienes tratamos han hecho méritos más que suficientes para la pena capital. Pero en nuestro código moral hay una máxima que dice que la vida humana es de Dios y sólo El puede quitarla. Por eso planeamos nuestras transgresiones a la libertad individual con el máximo aquilatamiento posible dentro de las humanas limitaciones, para que llegado el momento de la ejecución de la tarea encomendada a nuestros equipos de técnicos en la acción directa, ésta se efectúe con la máxima limpieza, elegancia y seguridad, para las vidas de los afectados y de aquellos que ocasionalmente se hallen cerca de ellos por cualquier motivo. Me complace y enorgullece recalcar que ni una sola vez nos ha fallado esta regla de oro.

Hizo una nueva pausa y un gesto al mayordomo, que descorchó un par de botellas y rellenó las copas. Luego bebió un sorbo de champaña y prosiguió:

—Hace cuatro años que se formó este clan y entró en actuación. Hemos realizado en este tiempo treinta y cuatro operaciones, de las cuales sólo nueve han trascendido a la Prensa internacional. Ni uno solo de nuestros amigos de los equipos de acción, o de los coordinadores, ha sido jamás detenido, interrogado y ni siquiera puesto bajo sospecha. Cada uno de vosotros habéis actuado directamente en varias ocasiones como jefes de una de tales operaciones. Somos prácticamente invulnerables porque somos desconocidos, temidos; porque nos rodea un ansia de misterio y poder que nos está volviendo seres sobrenaturales. Ya hay quien insinúa que llegamos en «ovnis» a la Tierra, para preparar una invasión de marcianos, pues así es la mentalidad de ciertas gentes. La verdad es que tenemos preocupados y asustados a muchos malvados de altos vuelos. Les resulta más fácil recelar la presencia de poderosos y maléficos seres de otros mundos que concebir la unión de un puñado de habitantes de la Tierra hartos de sus andanzas. Prefieren consultar a sus psiquiatras privados, antes que humillarse ante Dios y admitir que no tienen razón, que son injustos, que son torpes y que, a la postre, todos sus desplantes no pueden concederles ni un día más de vida del tiempo que tienen marcado, ni devolverles el vigor juvenil, ni siquiera permitirles predecir con certeza lo que sucederá dentro de una semana. No pueden imaginarse siquiera que unas gentes se pongan frente a ellos y todo cuanto ellos representan y defienden, un juego para ellos, insensato, inútil, sin futuro ni objetivos y, además, peligroso de veras. Por eso también creo que nunca nos van a descubrir, mis queridos camaradas.

Hubo de nuevo un consenso unánime y risueño. Más tragos de champaña y siguió el discurso del asombroso presidente de aquella asombrosa sociedad anónima y muy limitada.

—Somos aquí los justos, exactamente trece, el número fatídico para tantos supersticiosos. Conocemos a fondo las debilidades, los fallos morales, los absurdos y las ridiculeces de casi todos esos señores. Los conocemos y nos servimos de ellos para dominarlos, asustarles, ponerles a la defensiva frente a nuestra inmensa carcajada coral. Nuestra gran broma es ya para ellos una pesadilla obsesionante. Y por eso, porque considero que estamos consiguiendo plenamente los objetivos que nos propusimos al fundar este llamémosle clan, por lo

que antes de pasar al prosaico examen de los trabajos realizados durante el último semestre en todas sus facetas os pido que volváis a alzar conmigo vuestras copas para brindar, con alegría y orgullo en el corazón, por el triunfo de aquello que estimamos justo.

Se levantó al decirlo, empuñando un poco teatralmente su copa, y los demás miembros del fantástico consejo de administración le imitaron, con las miradas encendidas por el mismo fulgor, repitiendo a coro, con hermosas voces, el brindis del presidente...

CAPÍTULO IV

El grupo estaba reunido en el lugar más lógico; el *bar-buffet* de la Bolsa. Tal vez por eso no había nadie que recelara de ellos. No, desde luego, los agentes de servicio en el local.

Virgil, un buen mozo alto y algo desgarrado, vestido convencionalmente y con una clásica cartera de negocios; Edna, una guapa muchacha de aire desenvuelto y deportivo, con larga melena y pantalones de corte audaz que surgían por debajo de una especie de casacón, que había que ser muy buena moza para soportarlo; Danilo, más bien bajo, con bigotes mongoles y abombada frente de pensador, cargado con un par de cámaras fotográficas y sus accesorios. Finalmente, Berto, con su planta de galán moderno, un tanto sofisticado y decadente en su atuendo y ademanes. Los cuatro tomaban café. Hallábanse rodeados por corredores de Bolsa, inversores, expertos en valores y toda la gente habitual de tales lugares donde tantísima gente se hace rica y tantos otros ven fundirse en unas horas el producto de años de sacrificado ahorro, al compás de las alzas o las bajas del juego bursátil.

—Todo listo, muchachos. La operación comenzará a las trece horas y veinte minutos exactamente.

—¿Algún cambio de última hora?

—Ninguno. Cada cual sabe dónde debe encontrarnos, también cómo debe actuar. ¿Algún detalle que aclarar, alguna duda?

—Supongamos que se produce una demora por cualquier causa...

—En tal caso, lo dejamos pasar y seguimos adelante con el plan B. ¿Lo recordáis bien?

—Del todo. Edna y yo somos dos tiernos enamorados en busca de bucólica soledad para sus expansiones y, por completo, aislados del mundo.

—Yo un apasionado de la fotografía y la Naturaleza, para quien no existen los humanos y sus torpes problemas.

—Exacto. No hay ninguna razón, de todos modos, para que fallen los supuestos. No debemos olvidar que nuestro hombre tiene la manía de la puntualidad cronométrica. Salvo que suceda un

cataclismo, saldrá de su domicilio en la ciudad para trasladarse a su mansión campestre a las doce y veintitrés minutos exactamente; entrará en la autopista a las doce y cincuenta minutos, alcanzará la bifurcación a las trece y diez y llegará al punto elegido a la hora que tenemos señalada. Vamos a sincronizar nuestros relojes.

Los cuatro jóvenes lo hicieron con absoluta naturalidad. Eran las once y nueve minutos de la mañana. Luego Virgil añadió:

—Puesto que no hay más preguntas, separémonos. Nos volveremos a ver en el punto convenido a las trece horas y quince minutos exactamente.

Con la misma naturalidad con que lo habían hecho todo, los cuatro separáronse, tras abonar Virgil las consumiciones, y se perdieron en el batiburrillo de la Bolsa.

La hermosísima joven denominada Ruby —y que tenía un nombre mucho más bonito y femenino— entró a las doce en punto de la misma mañana en uno de los más *in* y costosos antros de moda de la grande y cosmopolita ciudad. Allí podían tomarse toda clase de mezclas alcohólicas, según para quienes preparadas como especialidad de la casa, a precios prohibitivos. Se fumaban cigarrillos de marcas caras... En fin que allí podían hallarse todas esas pequeñas delicias de las cuales gusta la sociedad actual.

La presencia de Ruby provocó instantánea sensación en los caballeros, pero ella se escurrió como una anguila hasta donde se hallaba un atlético hombre que aparentaría unos treinta años cuyas anchas espaldas y agresiva mandíbula, más la mirada de sus ojos color de acero, frenaron inmediatamente a los donjuanes. Llamaremos Ivor a nuestro hombre, que provocó numerosas envidias al coger a Ruby por los hombros y besarla. Ella devolvióle la caricia y luego ambos se acomodaron en el velador que él había ocupado. Todo el local estaba tan lleno como si regalaran lo que servían, en vez de cobrarlo más caro sobre su precio de coste original.

Ruby sacó tabaco, Ivor se lo encendió; ella dio un par de chupadas y expelió el humo con señorío, sonrió a su interlocutor y pidió, sin mirar a la muy decorativa camarera que se les había acercado, un martini de lo más mesocrático. Luego hablaron en griego clásico, lengua que debía sonarles a chino, a los distinguidos clientes del local.

—¿Todo listo?

—Por completo y revisados todos los detalles. ¿Alguna novedad?

—Si no se presenta ninguna emergencia, o variación, de última hora, nada.

—Entonces será cosa muy fácil.

—Eso espero. No me gustaría que tuviésemos nuestro primer fracaso.

—Tonterías. Eso no puede suceder.

—No me gusta que te muestres tan confiado, Ivor. La excesiva confianza puede convertirse en imprudencia y ésta es la madre de todos los fracasos.

—¿Alguna vez he sido yo imprudente, Ruby? ¿No tengo, acaso, uno de los equipos más perfectos de nuestro clan?

—Eso es verdad. Bien, tomémonos nuestras bebidas y andando. Dentro de diez minutos sale nuestro hombre.

Bebieron. El dejó un billete que cubría con creces lo consumido sobre la mesa, la cogió por el hombro y se la llevó de allí. Muchos vieron pasar, con envidia, a la que imaginaban una feliz pareja.

Pero la pareja sólo fue junta hasta poco más allá de la segunda esquina. Allí, en una calle transversal no demasiado frecuentada, había estacionado en lugar lícito un espléndido coche deportivo italiano, descapotable, pintado de azul celeste con tapizado de piel de pantera. Ivor soltó a Ruby, se estrecharon las manos con fuerza y se miraron sonrientes a los ojos.

—Suerte.

—Para ti también.

Luego él se alejó con rápidas zancadas y ella abrió su bolso, sacó unas llaves y con ellas abrió el deportivo azul, entrando, poniéndolo en marcha y maniobrando para salir del estacionamiento. Nadie tuvo para ellos sino esa mirada de admirativa envidia que despiertan los ejemplares de primer orden del género humano, entre sus congéneres peor dotados por la Naturaleza.

El muy importante y notorio personaje conocido mundialmente, al menos en determinados círculos, como Anatole Sylvester —un nombre totalmente ficticio, naturalmente—, cinco veces titular en ministerios claves, en la actualidad «hombre fuerte» de su partido y uno de esos políticos que siempre están en el candelero, tanto en el gobierno como en la oposición; considerado un «duro», un «hombre

fuerte», abandonó su domicilio en una calle céntrica y tranquila a las doce y veintitrés minutos justos. Era un sábado y el gran político iba a pasar el fin de semana plácidamente en su casa de campo a unos cien kilómetros de la gran ciudad, lejos de todas las maravillas y comodidades de la misma.

Anatole Sylvester contaba cincuenta y ocho años, los aparentaba y tenía cara de perro de presa. De estatura mediana, fornido, había venido al mundo en el mísero hogar de un chupatintas harto de humillaciones y hambres. Estudió con muy regular aprovechamiento en la escuela pública, consiguió una beca, se afilió a un partido extremista de la época, participó en un par de algaradas, su padre lo echó de casa y perdió la beca. Eso le abrió los ojos, ya que listo lo era, como más tarde demostró a la saciedad. Su reaparición en la política la realizó como animoso y batallador periodista en un diario gubernamental. Entonces tenía diecinueve años. A los veinticinco había cambiado tres veces de chaqueta y era diputado por el partido de sus inicios alborotadores. A partir de entonces su carrera fue en constante ascenso. Se casó dos veces, enviudó de su primera mujer a los quince meses por causa de un mal parto, y la segunda esposa, hija de un poderoso hombre de negocios, lo aupó al equipo ministerial. El resto de su carrera política era archiconocido.

Tal como se han puesto las cosas en el pícaro mundo, los hombres importantes andan muy escamados por su seguridad personal. Anatole Sylvester no podía reclamar protección policiaca porque su partido no estaba en el poder, pero se esperaba un vuelco espectacular en las elecciones del mes siguiente y en tal caso, a él nadie le quitaba la succulenta cartera del Interior. Eso se daba por descontado.

Bueno, el caso es que Anatole Sylvester, en su espléndido «Mercedes» privado, llevaba, además del chófer, un fornido guardaespaldas, antiguo suboficial de la policía en tiempos que él formaba parte del equipo gubernamental, y a su secretario, un tipo untuoso, sumamente eficiente, que se lo debía todo y le servía para casi todo.

Anatole Sylvester se iba a su casa de campo y recreo, con una abultada cartera de negocios, pues, como todos los grandes hombres públicos, estaba sobrecargado de trabajo y preocupaciones. Iba en

ellos pensando, naturalmente, sin tiempo para perderlo en la contemplación de la muchedumbre a una parte de la cual solía electrizar con sus discursos electorales. Su secretario le hablaba acerca de tales asuntos con voz deferente y el guardaespaldas manteníase atento, mientras el chófer bastante tenía que hacer con el desbarajuste circulatorio.

Anatole Sylvester tenía la pasión, manía mejor dicho, de la absoluta puntualidad, heredada de los tiempos en que lo más impuntual para él eran las horas de llenar el estómago. De ahí que todos sus pasos estuviesen regidos por el cronómetro. A la hora justa escaparon al caos y enfilaron la hermosa autopista en la que él mismo tuvo tanto que ver y constituía uno de sus mayores orgullos, pues la inauguró siendo ministro de Obras Públicas.

Ni el político ni su secretario advirtieron al estupendo deportivo azul y la más estupenda conductora que venían tras ellos sin demasiada prisa al parecer. Ruby estaba siguiéndoles desde poco después que iniciaran el viaje y ella sí que iba muy alerta.

A las trece y diez, el automóvil del hombre público entró en la bifurcación de la carretera de segundo orden que conducía a su destino. Ruby pasó de largo...

A las trece y dieciocho minutos, a doce kilómetros de la autopista, el chófer y el guardaespaldas de Sylvester distinguieron al camión cargado con patatas que iba por delante de ellos, a cosa de medio kilómetro. La circulación, por aquella carretera, era bastante escasa y acababan de pasar por un bonito pueblo cuyo nombre no hace al caso.

Un minuto y treinta segundos después, el automóvil de Sylvester alcanzaba al camión de las patatas, al que previamente perdieran de vista por mor de una curva de la carretera. Estaba parado y sus dos conductores plantados en la parte de atrás, contemplaban con expresión malhumorada una de sus ruedas traseras que debía haber sufrido un pinchazo. Algo tan natural como que llueva en Inglaterra.

Ahora bien: allí, la carretera no sólo hacía una curva relativamente cerrada, sino que por ser estrecha y bastante grande el camión, sólo dejaba éste, un tanto desviado tal vez por efectos del reventón, unos tres metros entre la cuneta y la parte trasera del mismo. Había, pues, que moderar la marcha para flanquearlo y seguir camino.

Había también, lo advirtió el guardaespaldas, una pareja joven sentados en el césped, encima de la cuneta. Por detrás de ellos y de un caminito campesino, había salido un joven montado en bicicleta con una cámara fotográfica colgada del cuello. Eran detalles que un guardaespaldas captaba de modo instintivo, pero totalmente inocuos en sí mismos.

El chófer moderó mucho la velocidad, se desvió hacia la parte libre de la carretera y fue a pasar frente al camión averiado:

Entonces apareció, de cara, la camioneta cargada de forraje fresco.

Hubo un doble frenazo y ambos vehículos se detuvieron en seco, separados por tres metros de distancia apenas. El «Mercedes» del político estaba totalmente encajonado entre el camión y la cuneta. La camioneta, viniendo por su mano, le cerraba el paso por completo.

Sylvester tomó conciencia de lo ocurrido y se enojó.

—¡Vamos, díganle a ese imbécil que de marcha atrás y deje libre el paso!

El chófer bajó el cristal de su ventanilla para sacar la cabeza y decirle al de la camioneta que hiciera lo indicado, mientras apoyaba sus demandas con el claxon. Al mismo tiempo, el guardaespaldas, impaciente y obediente, se disponía a bajar para argüirle al inoportuno con la dialéctica de los de su clase.

En aquel momento, Berto alzó el pequeño rifle que tenía toda la apariencia de un casi inofensivo artilugio para disparar perdigones uno a uno, apuntó al chófer y apretó el gatillo.

No se escuchó ningún disparo. Pero el chófer respingó como picado por una abeja y, al instante, se desmadejó sobre el borde de la ventanilla y el asiento.

El guardaespaldas estaba con medio cuerpo fuera del coche y mirando al conductor de la camioneta, que se negaba, con gestos enérgicos, a retroceder, indicando que ellos deberían hacerlo. No vio cómo uno de los camioneros sacaba velozmente una pistola y le apuntaba a la nuca, apretando el gatillo con idéntico resultado que Berto. El fornido hombre respingó también, hizo el clásico ademán de pegarse una palmada contra el insecto que acababa de picarle y se derrumbó inmediatamente sobre el piso de la carretera.

Sylvester y su secretario estaban aún sobresaltándose, cuando las portezuelas traseras del coche se abrieron de modo simultáneo.

Danilo y el otro conductor del camión, empuñando sendas pistolas de aquel tipo, sonrientes y serenos, estaban apuntándoles a la cara. Danilo advirtió:

—Dardos de cianuro, señores. No creo que deseen morir.

Desde luego, Anatole Sylvester, como todos los luchadores viejos, no sentía ningún deseo de morir ahora que había alcanzado sus sueños. Y en cuanto al secretario no hay por qué decirlo. El primero gruñó, muy nervioso:

—¿Qué significa esto?

—Ya lo ven, un secuestro. Abajo, rápido, los dos.

El pensar que a uno le pueden disparar a la cara un dardo de cianuro concentrado y congelado, le presta una agilidad y una docilidad sorprendentes. Anatole Sylvester y su secretario, este último sudando de miedo, se dieron una prisa loca en obedecer.

—Vaya hacia la camioneta, aprisa.

Mientras el político obedecía, comenzando a pensar entre sudores en su muy inmediato porvenir, su secretario recibió uno de aquellos dardos en plena cara y ni tiempo tuvo de gritar.

La muchacha llamada Edna ya estaba en la carretera junto con Berto. Ellos dos, y los del camión, se apresuraron a coger a los caídos satélites del hombre público. El secretario fue quien primero penetró a través del portillo ingeniosamente abierto en la parte posterior del camión, cuya carga de patatas sólo existía en la mitad superior de la caja.

Para entonces ya el político había llegado junto a la pequeña camioneta. Inmediatamente, Danilo le disparó un dardo a la nuca. Virgil accionó una palanqueta adosada al asiento del conductor y dos grandes parvas de forraje se movieron en la caja, hacia lo alto y sin caerse. Luego se apeó, cogió por los sobacos a Sylvester mientras Danilo lo hacía por las corvas y, aunando esfuerzos, lo echaron dentro del hueco ingeniosamente acondicionado en la parte posterior de la camioneta. Virgil retornó aprisa a la cabina y volvió a cerrar aquel hueco mientras Danilo subía al volante del «Mercedes», recogiendo de paso la gorra del chófer, que se caló.

El chófer y el guardaespaldas ya estaban dentro del camión. Los camioneros cerraron el portillo perfectamente ensamblado. Berto subió al asiento delantero del «Mercedes» tras cerrar las portezuelas traseras y Edna montó en la bicicleta que trajera Danilo, poniéndose

a pedalear furiosamente en dirección a la autopista. Virgil hizo retroceder a la camioneta y Danilo avanzar al coche del político. Todo había durado exactamente tres minutos y ni un automóvil apareció entretanto. Tampoco hubo espectadores a pie, pues a uno de los lados el terraplén y el talud impedían la visión. Al otro había bosque.

Danilo y Berto atravesaron otra población, cuyo nombre no hace al caso, cuatro minutos más tarde. Un policía municipal y media docena de personas más vieron pasar al coche y supieron que era la una y media de la tarde. El hecho de que las cortinillas de las ventanas traseras fuesen corridas, no les extrañó; era bastante habitual. Y, desde luego, el señor Sylvester podía muy bien haber contratado otro chófer y otro guardaespaldas, aunque, a decir verdad, nadie les vio bien las facciones.

Ocho kilómetros más allá, Danilo introdujo el coche por otra carretera aún menos frecuentada; rodaron todavía dos kilómetros y luego llegaron a una de esas casas de recreo que ahora hay en todas partes por todos los países. Se detuvieron delante del garaje, Berto lo abrió y Danilo metió el coche del político, salieron y cerraron, retornando apaciblemente por la carretera a pie y sin prisas. Eran exactamente las trece horas y cuarenta y cinco minutos. Un minuto más tarde les alcanzó un automóvil corriente y algo pasado de moda, conducido por una bonita muchacha. El automóvil se detuvo y ellos subieron al mismo, Danilo atrás, Berto al volante; la chica se sentó a su lado.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Por nosotros, impecable...

El camión cargado con patatas siguió, sin mayores prisas, por aquella carretera. Unos veinte kilómetros más allá del lugar del secuestro se detuvo en un lugar muy solitario, entre bosques. Dos hombres salieron al encuentro del vehículo, cogieron al chófer, perfectamente inconsciente y se lo llevaron. Luego el camión siguió su ruta, salió a una bifurcación de carreteras, se encaminó al Norte y recorrió otros doce kilómetros. En otro paraje adecuado se detuvo justo delante de una pequeña furgoneta de reparto, descendió el ayudante y, con la ayuda del hombre de la furgoneta, sacaron al guardaespaldas de Sylvester, echándolo dentro de la furgoneta. El camión prosiguió marcha...

Veinte minutos más tarde iba hacia la gran ciudad por entre el denso tránsito de una carretera radial, importante. Llegó a la ciudad y en un barrio de almacenes y casas del tipo «colmena» se detuvo lo justo para que el secretario de Sylvester fuera sacado. Luego, el pesado vehículo prosiguió su peregrinaje y desapareció en el anonimato ruidoso de las calles.

Edna pedaleó animosamente durante tres kilómetros por delante de la camioneta de Virgil. Se les cruzaron dos turismos y un camión con remolque, cuyos ocupantes se fijaron mucho en la guapa ciclista y nada en la camioneta. Luego se detuvo, esperó a Virgil, echó, ayudada por éste, la bicicleta entre el forraje y subió a la cabina, sonriente y tan fresca.

—Andando, Virgil, vamos a entregar nuestro paquete.

Ocho kilómetros más adelante había una población de cierta importancia y en ella una bifurcación de carreteras. Cuando Virgil y Edna entraban por una, por la otra llegaba uno de esos imponentes camiones frigoríficos hoy día tan utilizados en toda nación civilizada. Lo conducía el hombre llamado Ivor, con otro ayudante.

Ambos vehículos coincidieron en el entronque de la bifurcación. Pasó delante el camión frigorífico y Virgil se le puso a la zaga. Así avanzaron un buen trecho por aquélla no muy concurrida carretera. Finalmente, en otro de aquellos puntos estratégicamente solitarios, el camión frigorífico se detuvo y sus ocupantes saltaron velozmente al suelo. También lo hicieron Edna y Virgil. Cien metros más atrás y en un punto donde no podía verse lo que allí ocurría, un campesino joven acababa de cruzar su tractor, cerrando el paso a todo vehículo que llegara. Ochenta metros más adelante, una hermosa joven tenía su espléndido coche deportivo también cruzado, al parecer por avería, en la misma carretera y, de pie ante su motor, parecía preguntarse desolada cómo metería sus bellos deditos allí dentro.

El todavía inconsciente hombre público fue sacado de la camioneta, llevado en volandas al costado del camión frigorífico e introducido en éste. Aquél era un curioso camión; iba mediado de reses destazadas por una parte y, por la otra, de hermosos cerdos hechos cuartos. Pero entre borregos y cerdos había un curioso recipiente de material parecido al aluminio que, una vez abierto, resultó ser un estuche forrado de confortable lana pura y raso negro, termostático y aislado del congelado ambiente circundante. Allí fue acoplado

como en un ataúd, el gran hombre público y luego se cerraron herméticamente las dos partes del estuche. No había riesgo alguno de que muriese por asfixia, ya que el estuche termostático estaba conectado a un ingenioso dispositivo que regulaba la entrada de aire suficiente para la respiración de un hombre normal, y la salida del anhídrido carbónico por él expulsado.

Toda la operación fue realizada en cinco minutos escasos, con la perfecta coordinación de un equipo bien entrenado. Luego Ivor y Virgil subieron al camión frigorífico y lo pusieron lentamente en marcha, mientras el que viniera con Ivor se hacía cargo de la camioneta.

Allí delante, Ruby halló el fallo de su motor y se disculpó graciosamente con el conductor de otro vehículo, acompañado por su esposa, ambos de edad mediana, que acababa de llegar. El marido la habría ayudado muy a gusto, pero la esposa no estaba dispuesta a tal condescendencia. Ruby maniobró diestramente y puso el coche en posición normal, pero entonces vio llegar al mastodonte y le dejó paso franco, cambiando una mirada cómplice con su conductor. Como detrás venía, a corta distancia, la camioneta, hubieron de demorarse tanto ella como el matrimonio. Luego, gentil, Ruby les cedió el paso con otra sonrisa de disculpa.

—Hay que ver algunas... No deberían permitirles andar por esas carreteras —comentó ácida la mujer de edad mediana, gruesa y vulgar desde el pelo a los pies, mientras su marido prefería guardarse sus opiniones. Y en eso vieron llegar a otro camión cargado con sacos de algo, seguido por un par de turismos.

Los ocupantes de aquel camión y aquellos turismos, especialmente los primeros, venían echando pestes de los cazurros campesinos, sobre todo de aquellos que no sabían manejar sus tractores. Acababan de sostener una breve y violenta disputa con aquel asno que necesitó tres minutos de torpes maniobras para dejar la carretera libre y ni pararon mientes en el hecho de que por delante de ellos anduviesen un par de vehículos que deberían, lógicamente, estar mucho más lejos. Tampoco se fijaron demasiado en las dos guapas mozas de aire muy moderno paradas junto a un estupendo convertible deportivo de marca extranjera.

Unos kilómetros más allá, en otra bifurcación, el camión frigorífico se desvió hacia el Oeste y la camioneta del forraje se fue al Sur.

Minutos más tarde, el camión frigorífico entraba en la gran autopista. Por ella y en la misma dirección venían dos turismos. En uno iban Ruby con Edna, en el otro Berto, Danilo y la muchacha que les recogió.

Durante el no largo trayecto hasta la ciudad; después circunvalándola por diversas vías repletas de tráfico, aquellos dos turismos anduvieron jugando al tresbolillo con el camión frigorífico, de modo que siempre iba uno de ellos por delante y el otro por detrás. Finalmente el camión frigorífico llegó ante unos almacenes conserveros. A aquella hora estaban cerrados y sin nadie trabajando. Hacía unos veinte minutos que salió de allí el último empleado con prisas para llegar a casa y disfrutar de su fin de semana.

Pero un guardián abrió una puerta y el camión entró. Inmediatamente después de verse a cubierto, sus ocupantes descendieron y ayudados por el guardián, sacaron de entre sus compañeros de viaje al hombre público, siempre inconsciente y dentro de su estuche.

En una de las calles cercanas, Berto y Danilo abandonaron su coche y pasaron a una pequeña y excelente furgoneta de carga, grandecita. Ninguno de los dos vestía ya las mismas ropas que en el momento del secuestro; en realidad se las habían cambiado en el lugar donde ocultaron al «Mercedes». Ahora se colocaron encima de las suyas sendos «monos» grises de faena, con las marcas que aparecían en la furgoneta, al parecer de una empresa de transportes especializados. Ya así vestidos, marcharon con la furgoneta al almacén conservero y avisaron su llegada con una llamada a la puerta del mismo. Cuando ésta les fue abierta entraron aprisa con la furgoneta.

Dentro de aquella furgoneta había un excelente cajón de embalaje, grande, totalmente vacío. También, en otros recipientes, viruta fina de corcho y distintos materiales de los comúnmente utilizados para embalar objetos frágiles y valiosos. El gran cajón fue echado al suelo y convenientemente relleno hasta cierta altura; luego el estuche que contenía al político, a quien, en el ínterin, Ivor había aplicado una inyección intravenosa, pasó a su interior. Alrededor del estuche se acopló más viruta de corcho y otro material, así como también otro ingeniosísimo artilugio que conectaba el

respiradero con una de las juntas del cajón, tan bien disimulado, que ningún ojo de aduanero suspicaz podría descubrirlo. Finalmente se clavó y atornilló la tapa del cajón. En las cuatro caras del mismo podía leerse en grandes letras negras, y dos idiomas muy hablados en el mundo, el aviso de que se trataba de material de alta precisión y muy frágil; que debía ser manipulado con máximo cuidado.

Aquel cajón llegó al aeropuerto principal de aquella gran ciudad, a las tres en punto de aquella tarde. Berto y Danilo conducían la furgoneta. Ivor, sobria y elegantemente vestido, con una voluminosa cartera de negocios y acompañado por Edna, muy linda y discreta, se hizo cargo del envío en su calidad de representantes de la importantísima empresa que lo mandaba a un determinado país extranjero. Unos oficiales de Aduanas, que sabían cuál era el precioso y delicado aparato allí contenido, por haberlo examinado personalmente el día anterior, se limitaron a comprobar que era el mismo cajón y con las mismas marcas, dando el «visto bueno» para su traslado al avión que debía transportarlo al otro país. Ivor supervisó atentamente todas las operaciones del embarque, recogió los correspondientes documentos acreditativos del mismo y se despidió amablemente de los funcionarios del aeropuerto.

En aquellos momentos en muchos despachos más o menos oficiales comenzaba a sonar la alarma, pues la esposa de Anatole Sylvester había avisado, muy nerviosa, que su marido no había llegado a su casa de campo a las dos y quince minutos, como tenía por costumbre invariable, ni tampoco recibió un aviso suyo comunicándole la razón de tal retraso.

Entre los pasajeros de aquel vuelo que Anatole Sylvester iba a realizar consignado como «instrumental científico altamente valioso y frágil» para un importante centro de investigaciones, extranjero, Ruby, elegantísima y llena de naturalidad, ocupaba su asiento precisamente al lado de un importante financiero muy amigo del político secuestrado. Y aquel financiero díjose, mientras la miraba de reojo, que era un hombre afortunado por tener tan preciosa compañera de viaje...

CAPÍTULO V

—Esto es vergonzoso e intolerable. Los hombres de Estado, los gobiernos, deben tomar cuanto antes cartas en el asunto, para afrontar como es debido a esa gentuza.

Quien así hablaba, con gran indignación, era nada menos que Graham Fulham. Graham Fulham, uno de los veinte hombres más poderosos del capitalismo occidental.

Su esposa le escuchaba y contemplaba, como muchas esposas contemplan y escuchan a sus maridos después de veinte años de matrimonio.

—¿A qué te refieres, querido?

Entre determinada gente muy refinada en todo, la expresión «querido», sobre todo pronunciada con cierta inflexión, significa todo lo contrario de lo que pretende expresar normalmente, ya se sabe. Graham Fulham miró irritado a su cónyuge y le señaló el montón de periódicos que había sobre la mesa.

—Naturalmente tú nunca lees los periódicos...

—¿Y para qué, si sólo traen cosas desagradables? ¿Acaso has sufrido algún trastorno en alguna de tus empresas?

Graham Fulham suspiró como ciertos maridos suspiran ante determinadas preguntas de sus esposas, luego de veinte años de matrimonio.

—Me estoy refiriendo a ese acontecimiento bochornoso; el secuestro de Anatole Sylvester.

—Oh... Es tremendo, ¿verdad?, ¿le conocemos nosotros? Me parece recordar su nombre...

—Querida, hemos comido dos veces con él, una en su país, hace nueve años, la otra aquí, hace tres.

—¿De veras? Dios mío, no tengo memoria, tú lo sabes. Y como comemos con tanta gente... ¿Y qué le ha pasado a ese pobre señor? ¿Ya le rescataron? ¿Quién lo hizo?

—Gentuza. Contestatarios, criminales de ésos, melenudos que no se lavan y pretenden dinamitar el mundo. Mira, lee, lee. Es intolerable...

—Léemelo tú, por favor. Esas cosas me afectan a los nervios, tú lo sabes... Además, tú ya conoces la historia, puedes resumírmela.

—Está bien... «Los secuestradores del distinguido político pertenecen a uno de esos insólitos grupúsculos subversivos, de moda».

—¡Jesús, qué horror!

—Cállate. «Hasta el momento no parecen existir pistas sobre el paradero de Sylvester. Pero no caben dudas acerca de que se trata de un golpe cuidadosísimamente preparado. La policía está desorientada...». Eso pasa siempre. «El chófer de Sylvester fue encontrado durmiendo, o mejor dicho, drogado, a las cinco y cuarto de la tarde por un granjero...».

—¡Qué cosas ocurren!

—Calla y escucha: «A veinticinco kilómetros al norte del lugar del secuestro. Al guardaespaldas lo encontraron dentro del sótano de la cantina local del partido del señor Sylvester en una población cincuenta y cuatro kilómetros al oeste y al secretario, también drogado, en un barrio periférico de la capital...».

—¡Santo Dios, que horripilante...!

—«Cada uno de ellos era portador de un mensaje idéntico, conminando a las autoridades superiores del país».

—Y... ¿qué pretenden?

—Exigen la inmediata entrega de un millón de dólares en divisas fuertes y convertibles; la lectura de un increíble manifiesto de propaganda de sus postulados en todas las emisoras de radio y televisión, y su publicación en los periódicos.

—¡Pero están locos, una cosa así no puede pedirse!

—No están locos; son los más peligrosos dinamitadores sociales que imaginarte puedas. En su manifiesto amenazan con realizar una sangrienta burla que ponga a Sylvester en ridículo.

—No..., no puede ser. No lo entiendo...

—Ése es el quid. Tú no lo entiendes y como tú hay millones y millones de gentes que no pueden entenderlo. Ahí está su fuerza. Nada de sangre, nada de terror. ¿Sabes con qué amenazan? Pues con llenar el país de fotografías a todo color de Sylvester, tocado con un gorro con orejas de burro, ante un plato repleto de algarrobas.

—¡Oh, no...!

—Dinamita pura. Porque no sólo destrozarán a Sylvester para el resto de su vida, anulándolo como político de primera fila, sino que de rechazo barrerán a sus correligionarios. El es su *leader*, su hombre fuerte; era el próximo ministro del Interior y acaso subiría más alto. Ahora, su partido no puede ni soñar con ganar las elecciones del mes próximo. Un político secuestrado en vísperas de elecciones se convertía antes en héroe. Si lo asesinaban, su partido tenía el triunfo asegurado; pero un político secuestrado y puesto en el más tremendo de los ridículos tiene ganado para siempre el fracaso. ¿Quién va a tomarlo en serio en adelante?

—Pero si salva la vida...

—¿Qué me importa su vida? Son nuestros intereses los que están siendo atacados por esa gavilla de astutos e inteligentes individuos, con la peor de las armas, la risa y el desprecio... Y lo peor de todo el asunto es que contaba con que ganara el partido de Sylvester. Había invertido ya sesenta millones y ofrecido otros doscientos a cambio de lograr determinadas concesiones...

Aún le duraban a Graham Fulham la ira y el disgusto, cuando se fue a pescar horas más tarde. La pesca era su distracción favorita; le servía para limpiar el cerebro de miasmas y cazar, abrillantar, ligar ideas. Pescaba en su coto privado, de su río privado, pues para eso era multimillonario en divisas fuertes. Propietario de diez kilómetros cuadrados de bosque, pastos, praderas y tierras de cultivo, disponía de un equipo de vigilantes motorizados para impedir el paso a sus tierras a los intrusos de todas clases, sin contar otros esbirros que cuidaban de que nadie pudiera molestarle nunca; para eso era importante y multimillonario.

Ahora necesitaba estar solo para rumiar sus pensamientos y trazar planes. Se fue, pues, en *jeep* al río, a kilómetro y medio de la magnífica mansión campestre, dejando que su esposa y sus dos hijos menores quedaran allí. Estaba hasta el cogote de la mujer y de los hijos, pero más aquella tarde...

Veinte minutos después de llegar a su punto de pesca favorito ya había atrapado dos truchas y un barbo. Aquellos peces no podían largarse río abajo, porque una red especial, metálica, se lo impedía. Graham Fulham jamás había regalado nada suyo a nadie.

Y entonces le llegó lo inaudito.

—Hola...

Que a uno, en pleno campo, lo aborde un desconocido, es cosa bastante habitual. Que ocurra en la propiedad de uno, vigilada cuidadosamente por guardas armados y acompañados de perros pastores alemanes, ya es mucho menos lógico. Pero que quien le aborde a uno en tales circunstancias sea la mujer más hermosa y sugestiva que uno haya visto en su ya larga vida, eso se pasa de todo lo razonable. Y eso, justamente, era lo que estaba ocurriéndole a Graham Fulham.

Por eso se le cayó la caña de las manos y durante treinta segundos no consiguió salir de su estupefacción. Al lograrlo dijo algo muy lógico:

—¿Quién es usted y cómo ha podido llegar aquí?

La espléndida mujer de endrinos cabellos y ojos de tigresa, vestida de amazona a la moderna, le enseñó su blanca dentadura en una sonrisa repleta de cínica ironía.

—Soy un marciano y acabo de materializarme, señor Fulham.

Fulham emitió un taco poco elegante, pero entre dientes, y se serenó rápidamente.

—Déjese de bromas, por favor. Está en una propiedad privada...

—Ya lo sé. Privadísima y guardadísima. Pero aquí estoy.

Eso era tan evidente como su belleza y personalidad. Fulham tragó saliva. Porque el poderoso financiero solía ser muy tímido ante mujeres como la que tenía delante y más en situaciones que no le resultaban ni clasificables ni domeñables.

—Por favor, señorita... ¿Quiere decirme...?

—¿Por qué estoy aquí? Me agrada el sitio para sostener una amistosa conversación con un hombre tan importante. No se preocupe por sus guardas de dos y cuatro patas, todos duermen la siesta.

—¿Qué?

—Tuve que tomar ciertas precauciones. Por ejemplo, ahora mismo está siendo centrado por la mira de un rifle de caza mayor. Mira telescópica. Lo empuña un tirador de primera fila. Cualquier tontería por su parte será el desdichado fin de Graham Fulham.

A Graham Fulham se le pusieron los pelos de punta. Jamás hubiera creído que a él, precisamente a él...

—Tranquilícese. No deseamos matarlo si no nos obliga. He venido para hablarle de negocios. ¿Un cigarro? Son de los que usted fuma.

Lo había sacado del bolsillo de su chaqueta de pana y se lo estaba tendiendo con sonriente naturalidad. Desde luego, dominaba la situación.

Graham Fulham lo tomó. Estaba necesitándolo. También aceptó fuego de aquella espléndida mujer de ojos felinos y magnetizantes. Ella encendió para sí un cigarrillo con estilo inimitable.

—¿Qué... qué clase de negocios?

—Necesitamos dos millones de dólares. Y hemos pensado apelar a su notoria generosidad.

Graham Fulham comenzó a sudar frío.

—Esto..., esto es absurdo... Yo no...

—Usted no se distingue precisamente por su blandura de corazón, ya lo sé. En realidad, señor Fulham, usted es un pirata moderno, un tiburón de los negocios; un individuo repleto de codicia y ambición que nunca hizo un favor a nadie como no fuese para cobrárselo con creces y ni en la iglesia ha dado unas monedas en la colecta dominical. Usted, señor Fulham, es multimillonario y cada uno de sus millones lo amasó con sudor y sangre de esclavos e infelices, eso también lo sé. Sin embargo, va a damos dos millones de dólares. No es demasiado, a la postre.

—¿Y... y por qué se los tengo que dar?

—Para salvar su cuerpo, ya que no su alma, realizando una buena acción. Verá, señor Fulham, soy embajadora plenipotenciaria de cierto grupo... ¿No ha oído hablar de nosotros?

—No... desde luego que no...

—No me sorprende, pues nuestra conducta es de diferente categoría que la suya. Nosotros cometemos ciertos actos por deporte, usted los comete por mera codicia y ambición de poder. Pero tanto usted como nosotros sabemos cubrirnos las espaldas... ¿Va entendiendo?

—Sólo entiendo que me está insultando, señorita...

—¿Insultarle? Yo creo que no, pues me limito a ponerle delante un espejo de Dorian Gray. Usted es bastante repugnante, señor Fulham. Y muy aborrecido, además. Naturalmente eso último le tiene sin cuidado. Ni siquiera sus propios parientes gozan de su cariño. Usted sólo se quiere a sí mismo y al poder que le presta su inmensa fortuna. Bueno, vamos a recortársela un poco y nos ayudará. Porque usted es muy inteligente y sabe que a un muerto le sobra con un ataúd de madera de pino.

—No se atreverán a asesinarme...

La espléndida mujer emitió una sardónica risa.

—¿Y por qué no habríamos de atrevemos, señor Fulham? ¿Por compasión acaso? ¿O por respeto a las leyes? ¿Tal vez por miedo?

—Yo nada les hice...

—Tenemos una lista de varios miles de personas que le deben indirectamente una vida de privaciones. Hay en ella mujeres, ancianos y niños, sobre todo. Nada le habían hecho, ni siquiera les conocía. Pero había grandes negocios que realizar; y para usted su eventual suerte sólo era una nimia y enojosa consecuencia del negocio, en la que no merecía la pena pensar demasiado.

Conforme iba hablándole aquella increíble mujer de una historia, típica de un buitre de las finanzas, que Graham Fulham creía muy bien oculta y sólo conocida por un reducidísimo grupo de iniciados beneficiarios, el magnate de los negocios comenzó a sentir todos los síntomas de un mareo. Rápidamente se le borraron las facciones de su interlocutora, los contornos de las cosas, su voz...

Cuando cayó redondo al suelo, Sónnica se le acercó y se arrodilló a su lado. Ante todo le desabrochó la camisa, metiéndole mano y sacando, de un bolsillo interior de la camiseta de suave felpa del financiero, un estuchito de fina piel de serpiente dentro del cual habían cuatro llavines de acero mucho más delgados de lo usual. Sacando de sus propios bolsillos una especie de cera muy plástica, fue apretando en ella los llavines de modo que las improntas, incluso el grosor, quedaron perfectamente marcadas; luego los devolvió a su estuche y éste al escondrijo de la camiseta. Siguió registrando al magnate financiero hasta dar con una pequeña libreta con tapas de cuero verde oscuro, sacó una microcámara japonesa y se dedicó, a la interesante tarea de fotografiar una por una sus páginas, tarea que le llevó algunos minutos. Luego devolvió la libretita a su sitio también, abrochó al inerte financiero y, tras envolverlo en una mirada de risueño desprecio, alejóse de allí remontando ágilmente la orilla. Antes de irse se llevó el puro a medio consumir.

Tras cruzar el río por un lugar vadeable con facilidad, Sónnica reunióse al otro lado con dos hombres y un perro. Uno de aquellos hombres era joven, no demasiado, de aspecto deportivo y decidido; llevaba un magnífico rifle de caza mayor con mira telescópica y un

atuendo de cazador adinerado. El otro era uno de los guardas de la finca de Graham Fulham y también el perro era un guardián, sólo que ahora parecía muy tranquilo, sujeto por la correa que mantenía el guarda en su mano izquierda. Al ver llegar a Sónnica, el cazador apuesto sonrió y el guarda pareció aliviado.

—¿Qué tal la cosa?

—Perfecta. Cuando despierte va a creer que sufrió un desmayo y una pesadilla. Vámonos.

Los tres, y el perro, caminaron aprisa por el solitario terreno. El guarda les guiaba por aquellos lugares que él sabía eran más idóneos. Tardaron exactamente dieciocho minutos en alcanzar la linde de las tierras de Fulham, en un punto donde los alambres de espino, a estilo campo de concentración, que la rodeaban, habían sido adecuadamente cortados y separados para dejar paso franco a una persona. Sónnica pasó la primera y su acompañante se volvió al guarda antes de hacerlo, estrechándole la mano.

—Sabe lo que ha de hacer para no despertar sospechas.

—Descuide, señor. No pienso cogerme los dedos.

Luego el acompañante de Sónnica pasó la alambrada, le tendió la mano y ambos se alejaron aprisa mientras el guarda, cachazudo, soltaba al perro y comenzaba a reparar con habilidad los cortes en la alambrada.

Una carretera muy secundaria pasaba a cosa de kilómetro y medio de aquella parte de la finca de Fulham. Y en aquella carretera estaba detenido un potente automóvil de esos que las gentes con mucho dinero usan para sus diversiones. En aquel automóvil esperaba otro hombre joven y atlético, francamente feo pero de aire simpático, también vestido como un cazador. Cuando vio llegar a Sónnica y su acompañante, aquel individuo pulsó un botón y abrióse un compartimiento del vehículo, dejando al descubierto una bolsa-termo. La sacó, así como tres copas de las de champaña, cuidadosamente colocadas en un estuche, esperó a los que llegaban muy risueños.

—¿Feliz empresa?

—Feliz empresa. Sin el menor fallo.

—Magnífico. Hay que celebrarlo.

Abriendo la bolsa térmica extrajo de ella una botella de carísimo y selecto champaña. La descorchó; luego llenó las copas de sus

compañeros y la suya propia.

—Por ti, Sónnica. Y por nosotros.

—Por nosotros...

Un par de minutos después pasaba por allí un camión bastante destartado, con carga de coles. El conductor y su ayudante presenciaron la insólita escena y vieron cómo aquellos tres espléndidos ejemplares humanos les saludaban con sus copas. Se miraron... y luego obedecieron a la señal de la magnífica mujer, deteniéndose.

—Ustedes dirán...

—¿Les agrada el champaña?

Los del camión se miraron de nuevo.

—Pues hombre...

—¿Tienen a mano algo en que beberlo?

Tenían. Y también un asombro sin límites. Bajaron, con sus ropas vulgares y sucias, para encararse con aquella mujer que superaba todo lo que ellos vieran en las películas o soñaran tratar en la realidad de sus rudas y asandereadas existencias. Y ella les vació la botella en sus vasos de plástico.

—Amigos, este champaña tiene veinte años y ha costado cien francos franceses la botella. Es de una cosecha especialísima. Pero sólo vale por lo que simboliza, la alegría de vivir y el espumoso placer de luchar y vencer, ¿me comprenden?

Los dos camioneros no comprendían nada, pero estaban dispuestos a decir que sí a todo, a tan estupenda mujer. Asintieron, pues, y Sónnica, risueña, alzó su copa.

—Les ruego que brinden con nosotros por una sola cosa; la dignidad del hombre y su derecho a vivir. ¿Les importa?

Aquellos aristócratas... Uno de los camioneros era comunista y el otro casi, casi. Volvieron a mirarse, y luego unieron sus voces al extraordinario brindis.

Champaña de cien francos franceses la botella... Había que beberlo despacio, caramba. Y estaba bueno, sí, mucho, tan frío y dulce, cosquilleante como los pensamientos pecaminosos. Muy distinto a la cerveza que solían tomar para refrescar el gaznate...

—Ahora, señores, permítanme hacerles un pequeño regalo. Con permiso.

Sonriente y serena, dominándoles con el embrujo que de su belleza,

distinción y personalidad emanaba, Sónnica se acercó al aturdido par de camioneros, les puso uno tras otro una mano en el pecho y les propinó un delicado beso en la rasposa y nada limpia mejilla.

—Cuando les invada el desaliento, señores, cuando estén hartos de trabajos y problemas, recuerden este incidente; que la vida es hermosa y está llena de milagros. Buenos días, amigos, y buen viaje. Ya estaban a cierta distancia de allí el camión y los camioneros, antes de que ninguno despegara los labios. Lo hizo el conductor con voz gruesa:

—¿Tú crees que nos creerán si lo contamos?

—Pensarán que estamos borrachos o nos hemos vuelto locos.

—Sí, eso pensarán...

No lo contarían. Pero aquel par de rudos y esforzados trabajadores de la carretera iban en adelante a tener algo verdaderamente bello en que pensar. Un absurdo y pequeño milagro...

CAPÍTULO VI

Cuando Graham Fulham despertó, hallóse tendido en la orilla del río, con su caña al lado y totalmente solo. Incorporándose, se sentó y buscó con la mirada a la extraordinaria mujer.

Pero allí no había nadie. Y tras de larga reflexión, el financiero decidió que, sin duda, había sufrido un desvanecimiento en cuyo transcurso tuvo una extraordinaria pesadilla. No podía ser otra cosa, desde luego...

De ahí que no dijera nada a nadie acerca de lo sucedido. Su esposa e hijos le notaron algo cambiado, pero pensaron que era uno de sus estados de ánimo...

Dieciocho días más, tarde, Graham Fulham debió trasladarse a París a causa de sus negocios. Y como hacía siempre que estaba en París, se alojó en el Meurice. La primera noche retiróse a descansar relativamente temprano, puesto que había tenido una jornada de mucho ajeteo, tomóse su pastillita de somnífero y se dispuso a reponer fuerzas con siete horas de sueño tranquilo.

De repente se despertó. No pudo saber al pronto por qué, pero sí que lo hizo sintiendo la desagradable sensación de no estar solo.

Y no estaba solo. Había dejado cerrado el ventanal, corridas las cortinas. Ahora estaba abierto y por él entraba la luz de una hermosa luna llena, junto con la niebla del río y los no excesivos ruidos del exterior.

—Buenas noches, Graham Fulham.

Allí la tenía. Sólo que ahora vestida con un sensacional conjunto de noche que hacía aún más sugestiva su belleza. Sus ojos de tigresa lo magnetizaban. Acababa de encender una lámpara y Fulham, medio dormido, medio aturdido por lo inesperado, la vio acercársele como miraría a una aparición. Ella le leyó los pensamientos.

—No soy un fantasma, pero puedo ser un marciano. Ya se lo dije en nuestra última entrevista.

—¿Entonces... fue verdad?

—Naturalmente que sí. El puro que le di a fumar contenía una droga que me facilitó mucho las cosas.

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué juego es éste?

—Uno muy divertido y que ya ha terminado. Por eso vine, para anunciárselo.

Una premonición puso escalofríos en la nuca del hombre de negocios.

—¿Ha... terminado?

—Satisfactoriamente para nosotros. Hoy mismo, mientras usted comía con el subsecretario y el ministro; hablaba con una serie de tiburones de su especie y preparaba uno de sus grandes negocios con todo cuidado, nosotros hemos limpiado sus tres cuentas en Bancos suizos y también las dos cajas fuertes de Londres y Nueva York, donde suele guardar el dinero para emergencias inmediatas. También hemos saqueado su caja de caudales especial en su domicilio, hace unas horas, mientras su esposa asistía a la gala de turno.

Graham Fulham comenzó a sudar frío, sentir bascas y ahogos. Si lo que aquella mujer decía era verdad...

—Completamente cierto, señor Fulham. El otro día, mientras usted estaba inconsciente, saqué moldes de esas llaves que guarda en el bolsillo secreto de su camiseta de felpa y también fotografié cada página de esa libreta de notas que nunca se separa de usted. Como esperábamos, cuando despertó pensó haber sufrido un desmayo y una pesadilla, no tomó ninguna precaución ni le contó nada a nadie. Y ahora acabamos de saquear sus cuentas secretas, hasta un total de diecisiete millones y pico, según acaban de informarme mis compinches, además de agenciamos una serie de documentos que van a mantener su boca muy cerrada con respecto a este incidente. ¿No lo cree así, señor Fulham?

Graham Fulham se estaba sintiendo muy enfermo. Sus cuentas corrientes suizas, el dinero de sus cajas de emergencia, los documentos de su caja fuerte especial... Aquella mujer y sus cómplices no sólo estaban saqueándolo de un modo bochornoso, sino que, además, lo tenían cogido por el cuello y podían estrangularlo cuando quisieran...

—Somos muy generosos, créame, señor Fulham. No deseamos matarle, si no nos obliga. Tan sólo guardaremos esa documentación para protegemos contra posibles veleidades vengativas suyas. Bien, el juego ha terminado y sólo me resta desearle felices sueños, señor

Fulham. Buenas noches...

Con absoluto descaro, la espléndida y abominable aparición nocturna se encaminó a la puerta de la alcoba, la abrió, se volvió para enviar al abrumado financiero una última sonrisa esplendorosa y salió, cerrando tras sí.

Graham Fulham gimió. Luego se pellizcó para convencerse de que no estaba teniendo otra pesadilla. Luego se tiró del lecho y corrió hacia la puerta de la habitación, abriéndola...

La antecámara estaba solitaria y a oscuras. Y cuando dio la luz, la vio vacía. Y cuando abrió la puerta que daba al pasillo, vio solitario. Estaba subiendo un ascensor. Pero su visitante había desaparecido.

Enterraron a Graham Fulham doce días más tarde. Ni siquiera los médicos más renombrados y caros pueden evitar que se mueran los grandes hombres cuando Dios lo decide, y Graham Fulham se murió de lo que se mueren los financieros: del infarto de miocardio ése. En cierto sentido, y de acuerdo con las normas de ética morales y naturales, podría decirse que había sido matado por el mítico grupo, pero ¿quién, legalmente, ante un tribunal, lo podría probar? El, desde luego, no había mencionado para nada la posible existencia de tal gente, a nadie...

Entre los numerosos importantes personajes que asistieron a su sepelio —un gran acontecimiento social— se encontraba el barón Ulrich von Scharff zu Barrendorff. Todo el que tiene algo que ver con negocios de cierta importancia conoce su nombre, aunque pocos sean capaces de pronunciarlo de un tirón correctamente. Presidente, consejero, director o simplemente accionista mayoritario de ciento noventa y cuatro empresas que abarcan desde la fabricación de derivados de la buena leche hasta la de compuestos químicos supervenenosos para los ejércitos de varios países, él barón es toda una potencia.

Al barón sólo se le conoce una debilidad; le vuelven loco las mujeres.

Entendámonos, sólo un determinado tipo de mujeres, muy selecto y especial. Pero eso lo conocen muy pocas personas entre las que se cuenta, naturalmente, la baronesa.

Físicamente, el barón Ulrich von Scharff zu Barrendorff era un típico teutón. Hubiera hecho un gran papel en los ejércitos de Atila

y él mismo era un moderno Atila, cuyas hordas guerreras se metamorfosearan en burócratas y funcionarios. Donde el barón ponía las manos, no aparecía negocio de interés o billete de Banco que no controlara. Alto, fuerte, cabellos grises y rubios rígidamente peinados y planchados, trajes impecables, monóculo absolutamente prusiano, palabra cortante, mirada gélida, cuando aparecía en alguna parte uno creía estar escuchando el paso de la oca y aquellos himnos que un día aterrorizaron a Europa. Curiosamente, el barón era un furibundo antinazi. Incluso un buen amigo de los judíos. Aquel día, en los solemnes funerales de Graham Fulham, el barón vio, fugazmente, a la perfecta encarnación de su «mujer soñada». Tan fugazmente, que sólo tuvo tiempo de anotar las letras y los dos primeros números de matrícula de un automóvil. Pero eso para él, bastaba.

—Exijo que la encuentren en menos de veinticuatro horas.

El nunca rogaba, ni siquiera pedía, exigía. Y sus exigencias eran cumplidas o bien quien por una u otra razón las incumplía, lo pagaba caro. Para eso se calculaba que la suya era la quinta o sexta fortuna del mundo.

Diecisiete horas más tarde, sus paniaguados trajéronle resultados concretos y satisfactorios.

—Se llama Isotta Orlandi y es conocida por un aristócrata pontificio, el marqués de Piazzaferrara. Tiene dieciocho años, pertenece a una de las más antiguas y nobles familias italianas, su padre es un rico terrateniente en la Emilia. En cuanto al marqués, es un individuo difícil de catalogar...

En una de las más lujosas *suites* del más caro y exclusivo hotel de aquella misma ciudad, Alessandro Ferrante de Montalto, marqués de Piazzaferrara, hallábase reunido con la joven, bellísima y escultural Isotta Orlandi, con *sir* Philip Tremayne y con Tristán de Plouernel, los dos últimos miembros del Gran Consejo del Grupo. Era una amistosa reunión de negocios.

—Ha picado el anzuelo. Sus hombres han estado buscando a Isotta por toda la ciudad y Fabio ha facilitado a uno de ellos todos los datos necesarios.

—En tal caso se iniciará la operación inmediatamente. Nosotros nos marcharemos ahora a Cerdeña. Cuando el agente del barón entre en contacto con Isotta, me la llevará al yate. Haremos de modo que la

apetencia del barón se convierta en obsesión.

—Será muy, fácil. Isotta encaja a maravilla en su ideal femenino.

—Lo cual no me provoca ningún placer si he de deciros la verdad. Ese junker de acero y hielo obsesionado por las doncellas me repele.

—Tendrás que evitar el demostrárselo.

—Perded cuidado, que cuando llegue el momento el barón se va a encontrar con la mismísima picardía envuelta en adorable figura femenina y diabólicamente mezclada con inocencia. Me voy a divertir mucho cuando las pague todas juntas.

—Las pagará. Y en buenas divisas convertibles. Bien, éste es el plan desde ahora mismo. Tú y yo nos exhibiremos durante veinticuatro horas en los lugares adecuados, de modo que no quepan dudas acerca de que, si bien hay entre nosotros un mutuo conocimiento, no eres nada mío en el total sentido de la palabra. Eso va a excitar mucho más al barón...

CAPÍTULO VII

«Ningún hombre es grande para su ayuda de cámara». Ni para su mujer, ni para ningún allegado. Porque ningún hombre, por grande que sea, deja de ser hombre, o sea un saco de defectos.

Pero además, casi todos los humanos tenemos nuestro talón de Aquiles especial, por llamarlo de algún modo. De eso saben mucho, curas y psiquiatras.

El barón von Scharff zu Barrendorff era un gran hombre, a no dudarlo; salvo rarísimas excepciones, los hombres pequeños no construyen imperios y menos los mantienen. Por eso tenía defectos, aberraciones, mitos, fallos, grandes; pues los hombres pequeños sólo son capaces de tenerlos pequeñitos, como es lógico.

No habían transcurrido seis semanas desde que la viera fugazmente por primera vez, cuando Isotta Orlandi habíase convertido en la obsesión del barón. Por muchas razones.

Le estaba resultando a sus propósitos tan escurridiza como una anguila. No esquivaba, simplemente ni había aún podido abordarla en serio con sus proposiciones. Aquel maldito marqués que la conocía parecía haber olfateado el acoso y estaba moviéndose con ella de un lado para otro cual zorro perseguido por lebreles...

El barón había podido verla tres veces de cerca. Para ello, incluso había dejado plantado a un primer ministro, tomando su potente avión privado en viaje de ida y vuelta desde Alemania a las islas griegas tan sólo para extasiarse veinte minutos escasos con la contemplación de las purísimas líneas del cuerpo, entre doncella y efebo, sin mácula ni defecto alguno, de su presa. Y el placer obtenido de tal contemplación uniéndose al ansia ya sentida, hasta casi hacerle perder los estribos.

—Exijo tenerla antes de fin de mes. Y no admitiré excusas. Si es preciso, maten a ese marqués de todos los diablos.

No hizo falta. Porque, inesperadamente, el condenado marqués de Piazzaferrara dejó libre y sola a la muchacha. Ya el barón tenía la certeza de que el marqués era otro sibarita de su misma calaña, pues sin lugar a dudas estaba demorando adrede el momento

exquisito en que tomar para sí tanta belleza, cosa sólo admisible tratándose de un experto saboreador de emociones quintaesenciadas. ¿Y qué emoción más pura que la de birlarle a un hombre así una doncella tal, dejándole con la miel en los labios y más corrido que la mona del cuento? Haciendo que se encerrase en su castillejo de Liechtenstein, mientras ella se marchaba sola a Bolonia.

Tras de la pieza salieron los perros, mientras el alertado cazador se preparaba, lleno de gozo, a cobrarla.

Isotta fue abordada al día siguiente de su llegada al domicilio paterno por uno de los secretarios del barón, un hombre correctísimo, elegante, insinuante, experto en diplomacia de todos los géneros porque había sido, en efecto, diplomático de carrera, en psicología femenina y en algunas cosas más. Un hombre ya maduro, cuyo *savoir faire* y simpatía eran totales.

—Es usted tan perfecta que extasía. Permita a un viejo enamorado de la belleza expresarle mi más rendida admiración...

Parece cursi, pero es de gran efecto con casi todas las mujeres; sobre todo dicho con el tono y la expresión adecuados y con el aderezo de otras afirmaciones muy bien escogidas. Isotta Orlandi se mostró debidamente complacida, aceptó tomar una copa con el maduro y galante caballero y se mostró en todo momento como cumple a una joven moderna de buena familia, libre, dueña de sus actos, un poco perversa y un poco romántica; también un poquitín desorientada.

—Es como un fruto ligeramente en agraz, señor barón, la más exquisita muchacha que nunca hasta ahora busqué para usted. Y nada fácil de convencer, puesto que, prácticamente, lo posee todo... En efecto, Isotta Orlandi mostróse de lo más refractaria. Tanto, que el barón decidió, loco ya de impacencias, tomar cartas directamente en el asunto.

Ella no se mostró nada sorprendida ni por su aparición ni por sus proposiciones. Y demostró saber cómo debía jugarse el juego.

—Usted es impresionante, barón, abrumador..., pero yo no le amo, naturalmente. Quizá porque me siento interesada por el marqués Piazzaferrata y pienso que podría ser muy pronto su esposa.

Eso le faltaba al barón. Pulsó todas las teclas... y falló. Isotta escuchaba sin borrar su giocondesca sonrisa y luego le contestaba

con suave sonrisa:

—De veras que lo siento por usted, barón. Hay cosas en su persona que me atraen, pero no hasta el extremo de convertirme en su amante. Ni siquiera lo soy del marqués, aunque no espero, naturalmente, que me crea...

Porque precisamente lo creía, el barón llegó al paroxismo. Y como no era hombre para admitir fracasos, recurrió al expediente que desde siempre es connatural en los donjuanes.

—Ráptenla.

Naturalmente, un rapto es cosa seria, había que prepararlo con cuidado y, sobre todo, con las debidas garantías para el barón. De lo que ocurriera una vez la paloma en su jaula, el barón ya no se preocupaba, sabía cómo cerrarle la boca de manera efectiva.

El encargado de preparar el rapto realizó las debidas gestiones con todo sigilo y máxima eficacia.

—Tengo al hombre adecuado, señor barón. Se llama Tristán, naturalmente es un nombre de guerra. Por cien mil dólares lo hará sin un fallo...

Cien mil dólares eran una bicoca para el barón, poco más que calderilla. Pero antes de darlos tomó sus medidas. No había llegado a donde estaba porque sí.

—Cuando esos hombres hayan capturado a la señorita Orlandi, usted se va a encargar de ellos. Son criminales comunes, de modo que nada de contemplaciones. Dos balas en la nuca, un buen peso y se los echan a los peces en medio del mar.

El hombre a quien se encargaba tal tarea había sido, entre otras cosas, oficial de las SS en su ya lejana juventud. Había vivido, visto y hecho tanto, que ahora nada le importaba excepto, naturalmente, su propio pellejo y su exclusivo bienestar. Impasible, y como si se tratara de retorcerle el pescuezo a un pollo, contestó que todo se haría según las órdenes recibidas. Y el barón lo despidió seguro de que así iba a ser, porque nunca aquel hombre le había fallado.

A las once y media de la mañana de un buen día cualquiera, Isotta Orlandi fue raptada. Todo ocurrió con ritmo cinematográfico y del modo más sencillo.

Ella habíase detenido precisamente delante del escaparate de una *boutique* en una de las más céntricas calles boloñesas, cerca del Colegio del Cardenal Alborno, cuando se le acercó Tristán trajeado

deportivamente, y la cogió por un brazo con naturalidad. Los espías del barón sólo vieron, desde cierta distancia, la mímica de ambos; como ella reaccionaba, violenta, y él le hablaba haciéndole indicaciones con la mirada; cómo ella se quedaba quieta, parecía aprensiva y luego cedía, dejándose llevar hacia un automóvil parado a corta distancia con un tipo también joven a su lado.

Luego se le pasó aviso al barón.

—Acaban de cogerla, señor barón.

Entonces el barón dio un gran suspiro. Luego tomó el teléfono y marcó un número, dando una seca orden:

—Ha llegado el momento. Actúen.

Dentro del coche que se la llevaba con sus «raptores», Isotta fumó desenfadadamente y miró risueña a Tristán.

—Bien, ya comenzó. ¿Adónde vamos?

—A una «villa» en los montes, a cuarenta kilómetros de aquí, aislada. El barón la alquiló por medio de su factótum hace seis días. Está rodeada por una cerca, pero, además, han colocado rejas metálicas en todos los balcones y ventanas; habrá guardia permanente en el jardín, hombres y perros, día y noche.

—Fantástico. ¿No resulta emocionante? En pleno siglo xx verme raptada como una dama del Renacimiento.

—Sí. A nosotros, el barón nos tiene preparado algo mucho menos agradable. Claro que ignora que lo sabemos...

Por ignorarlo, a veinte kilómetros de Bolonia, en un paraje adecuado, el antiguo oficial de las SS y tres, hombres de su entera confianza, armados con pistolas y livianas metralletas, aguardaban la llegada de los raptores para arrebatarles a la dama, primero, la libertad acto seguido y la vida a su debido tiempo. Un camión ligero, aparentemente cargado con cubas de vino, se encontraba a un lado de la carretera junto a ellos.

Por aquella carretera y en dirección opuesta, llegó uno de esos autocares pequeños que algunas agencias de viajes de segundo orden utilizan para realizar excursiones cortas. Lo conducía un tipo despechugado, con gorra de visera negra, y dentro del vehículo viajaban hasta seis hombres y tres mujeres, dos de las cuales y cinco de los hombres eran sorprendentemente jóvenes. Tanto el antiguo SS como sus compinches no vieron nada de extraño en aquel autocar. Ellos estaban, dos estirando las piernas junto a la cuneta,

otro en la cabina del camión, atento a las noticias que se le transmitían por un aparato adecuado y el cuarto apoyado en la caja del vehículo.

Justo a unos veinte metros de ellos, el autocar hizo unos ruidos raros y luego se paró. El chófer comenzó a soltar palabrotas en castizo dialecto napolitano y se apeó, sin mirar a los ahora algo tensos esbirros del barón, para ponerse a averiguar qué le pasaba al motor. Mientras tanto, allí arriba comenzó a haber movimiento.

Y los esbirros se pusieron nerviosos. Porque como aquel condenado cacharro hubiera decidido averiarse justamente allí, el asunto de atrapar a los raptores de Isotta iba a ponerse peliagudo. No era lo mismo detener y capturar por la brava a tres forajidos en una operación relámpago, que hacerlo delante de un lote de turistas. Y llevarse también a los turistas...

Por eso el antiguo SS tomó su decisión.

—Vamos, hay que ayudarles para que se vayan enseguida.

El y otro se acercaron al chófer, que estaba soltando tacos y arremangándose. Comenzaron a salir del autocar sus ocupantes, típicos turistas de poco pelo, entre molestos y divertidos. Norteamericanos, naturalmente.

—¿Qué les ocurre? ¿Podemos ayudarles?

—¡Porca miseria...! Se me ha roto, precisamente, ese cable de todos los infiernos... Y además, tengo una biela fundida. No voy a poder arreglarlo antes de media hora y esta gente tiene que coger el tren. Y los esbirros tenían que hacer su trabajo dentro de quince minutos escasos.

—A ver, le ayudaremos...

Todo era tan claro, tan estúpidamente claro, como esas imprevistas coincidencias que, el antiguo SS bien lo sabía, tan a menudo dan al traste con los planes mejor trazados, ya sea por Estados Mayores o por una pandilla de atracadores de Bancos. Así, el avezado aventurero no receló.

Y cuando quiso recelar ya era demasiado tarde. Porque el maldiciente chófer le plantó en las narices la magnífica pistola que había sacado de la caja de herramientas y, al mismo tiempo, uno de los turistas atrapó a su hombre desprevenido con una presa de judo de maestro, inmovilizándolo. Antes de que los restantes pudieran reaccionar, la señora de edad madura y la atractiva muchacha que

se habían acercado al camión estaban sacando sendas automáticas de sus grandes bolsos de viaje y apuntaban con ellas, sonrientes, al de la cabina, mientras que el otro veíase ante el cañón de una metralleta empuñada por un risueño barbudo.

Fue una tarea limpia y rápida. Sendos testarazos en el cráneo; livianos y resistentísimos cordones de seda natural, ligando tobillos y muñecas; tiras de esparadrapo sobre las bocas, dejando libres las narices, y los cuatro frustrados asaltantes fueron a parar al interior de otros tantos de los barriles que cargaba el camión. Mientras esto ocurría, llegó el coche con Isotta y sus secuestradores.

—Vaya, parece que no habéis tenido dificultades...

—Ninguna. Podéis seguir vuestro camino.

En efecto, el automóvil siguió su camino. Y el autocar también. Menos dos de sus ocupantes, que transformándose velozmente, ahora cogieron el camión por su cuenta y se lo llevaron lejos de allí. A su debido tiempo, el antiguo oficial de las SS fue sacado de su cuba, liberado de mordaza y esposas y puesto ante la evidencia de su situación.

—Usted iba a asesinar a unos hombres por orden del barón. Si ahora nosotros le matásemos sólo sería una justa revancha. Pero somos inteligentes y prudentes, conocemos su historial y creemos que también usted lo es. Si colabora, salvará la vida y podrá seguir disfrutando de ella en lugar seguro. Si nos obliga, le mataremos sin mayor empacho.

El antiguo SS sabía cuándo alguien estaba hablando en serio de matar. De modo que cogió el auricular, marcó el número e informó con naturalidad, en alemán, conocedor de que allí había quien dominaba su idioma:

—Tarea ejecutada en su primera parte, señor. Nos llevamos la mercancía para transportarla al lugar convenido. El resto de la carga también está ya en su destino.

El barón no necesitaba más. Inmediatamente dio orden de preparar el automóvil que pensaba utilizar en su aventura.

Naturalmente, una aventura así requería, por su parte, ciertas precauciones. Por ejemplo, oficialmente sus secretarios privados comunicaron a una serie de importantes personajes y a distintas capitales, que el barón se había tomado un corto descanso por prescripción médica, cosa de dos o tres días, pero tal vez alguno

más. Todos sus asuntos estaban tan bien regulados. Tenía tan excelentes colaboradores de primer rango, que el barón sabía muy bien que podía tomarse tal descanso.

Y se fue a cazar.

CAPÍTULO VIII

Cualquiera sabe que cuando un cazador sale de caza, pueden suceder una de estas tres cosas: Que tenga suerte y cace algo, que no la tenga y no cace nada, que la tenga pésima y resulte él cazado. Eso le sucedió al barón von Scharff zu Barrendorff.

Impulsado por su vehemente ansia de obtener, al fin, el premio soñado, el barón llegó al nido-jaula donde había hecho conducir a su cautiva después de haber transbordado, en un punto que no hace al caso del camino, de su «Rolls» negro a un mucho más discreto producto de las fábricas Fiat. Le acompañaban su chófer y su secretario al tomar el «Rolls», pero ahora conducía él personalmente y venía acompañado solo por uno de sus sicarios.

El barón tenía ahora la creencia, del todo lógica y asentada en precedentes casos, de que dentro de aquella «villa» aislada en un valle muy bucólico sólo iba a encontrar, además de a la mujer de sus ansias, al antiguo SS y a uno o dos de sus hombres, los cuales permanecerían montando discreta guardia exterior mientras convencía a la doncella de la conveniencia de ser razonable y cariñosa. Comoquiera que nunca descendía a tratar con gentecilla, no halló nada extraño en el individuo que le dejó paso franco al interior del cercado jardín de la «villa». Y tampoco receló su factótum.

El barón descendió a toda prisa mientras aquel tipo le mantenía servilmente abierta la portezuela e inquirió, imperioso, mirando hacia la puerta de la «villa»:

—¿Dónde está *herr* Meltzer?

—Camino del ancho y profundo mar, señor barón.

No le había contestado el que le abriera, sino mía voz irónica y calmosa que le hizo respingar y volverse hacia su izquierda, no menos aprisa que su súbitamente nervioso factótum. Ambos vieron a Tristán, que acababa de doblar la esquina del edificio..., empuñando una magnífica pistola provista de silenciador. Al mismo tiempo, abrióse la puerta dando paso a otro tipo joven, fuerte e igualmente armado, y el que sostenía la portezuela soltóla mientras

sacaba una hermosa navaja automática cuya hoja saltó como lengua de mujer charlatana, rebrillando al sol al apuntar al gaznate del hombre poderosísimo.

Tanto el barón como su factótum sintieron, en el acto, esa ingratisima emoción que provoca el ver estallar los bellos sueños dejándole a uno cara a cara con un presente de lo más desagradable. El primero aún no terminaba de creerse que nadie hubiera sido tan osado como para tenderle una encerrona y, así, se encrespó, sacando el acento y la mirada con los que fulminaba a veces incluso a jefes de Estado.

—¿Qué significa esto? ¿Cómo se atreven...?

—Pues ya lo ve, atreviéndonos. Y le aconsejo que deponga su arrogancia, baje el tono y se muestre muy obediente, señor barón, si no quiere que Luigi le rebane el gaznate de oreja a oreja.

El excelente alemán del que estaba haciendo gala Tristán, hizo más mella en el ánimo del barón que su amenaza mortífera. Dándose cuenta de que había caído en una mala trampa y no le convenía irritar a tales tipos, el magnate de las finanzas internacionales hizo de tripas corazón y se mostró casi razonable.

—Ignoro quiénes son ustedes y lo que pretenden, pero les garantizo que si sufro la más mínima molestia van a pagarlo muy caro.

—Y yo me temo que va a sufrir bastantes molestias, señor barón; pero que quien va a pagar un tanto cara su venida aquí por propia y libre voluntad será usted, no nosotros. ¡Ah!, pregúntele a su corifeo quién soy; él me conoce.

El aludido estaba tiritando literalmente, y no de frío por cierto. Como tantísimos otros, habituados a toda clase de tareas, incluso las que nadie realmente digno se avendría a desarrollar su valor corría parejas con su honestidad y estaba en relación inversa con su apariencia. Así, ganó de modo lastimoso:

—Es... es el hombre llamado Tristán...

—Que en estos momentos debería estar camino del matadero, en vez de percibir los cien mil dólares convenidos por su trabajo. Fuerza será admitir, señor barón, que su honorabilidad en los tratos es muy mucho inferior a la de un simple bandido, ¿no cree?

Ahora, el barón estaba perdiendo aprisa la moral, la arrogancia, las ilusiones y otras cuantas cosas.

—Escuche, todo ha sido un error...

—Seguro. Un gran error suyo por el que, lógicamente, deberá pagar. Pero tenga la bondad de pasar al interior, junto con su compañero. La señorita Orlandi está bastante asustada y un tantico indignada, puesto que le he contado por orden de quien ha sido raptada.

Era lo que le faltaba al barón. Fue a protestar... y la punta de la navaja que empuñaba aquel tipo, poco antes tan servil, le cortó hasta el resuello. El mismo bigardo, sonriendo, meneó negativamente la cabeza y, con la mano, le invitó a ir hacia la casa...

Isotta Orlandi se encontraba en una habitación del piso bajo, custodiada por otro de aquellos bandidos, de cara, le pareció al barón, feroz, patibularia y degenerada; en realidad, muchas mujeres lo encontraban atractivo. La joven parecía sumamente nerviosa y violenta, en cuanto le vio aparecer solo, ya que al otro lo atraparon y arrastraron hacia el sótano apenas puso los pies dentro de la casa, sin hacer caso alguno de sus lamentos y súplicas acobardados, saltó como empujada por muelles.

—¡Vaya, cuánto me alegro de verle aquí, señor barón! Hasta ahora mismo abrigué algunas dudas sobre lo que me contaron estos hombres, pero veo que no mentían. ¡Es usted un cerdo, un puerco, un marrano, un cochino, un guarro, un gorrino, un tunco, un chanco...!

Evidentemente, toda esa sarta de nombres del animal de carne sabrosísima, anatematizado por la Biblia y el Corán, no parece ser lo más adecuado para labios de una doncella bien educada. Pero las mujeres, por muy bien educadas que estén, cuando se les saltan los nervios son capaces de soltar palabrotas muy gordas. Isotta Orlandi las pronunció con el más agresivo de los tonos y las rubricó atizándole al desengañado barón tal par de bofetadas que le dejó los carrillos ardiendo, terminando de desmantelarlo. El tipo que la vigilaba se las vio y deseó para sujetarla, pues parecía una verdadera furia desatada, pataleante y superagresiva.

—Llévatela de aquí y dale un buen golpe si no se tranquiliza —recomendó Tristán fríamente a su coa pinche. Y el tal, casi arrastró fuera del cuarto a la enfurecida e histérica doncella.

Pero el barón habríase sorprendido muchísimo de poder ver lo que sucedía instantes después en el comedor de la casa. Allí, una

divertida y satisfecha Isotta estaba aceptando fuego de su patibulario secuestrador y luego ambos se miraron de lo más sonrientes.

—¿Qué te ha parecido mi representación?

—Formidable. Sobre todo el ímpetu que has puesto en las bofetadas.

—Uf... Le di con unas ganas... Pero casi me disloca la muñeca; ahora me duele...

Al que le dolía era al barón. En su cara y en su amor propio; en su inmenso orgullo y en su instinto de conservación. Se había quedado solo ante dos tipos que no lo dudaba, iban a hacérselas pasar moradas. Intentó arreglarlo del modo más diplomático posible.

—Escuche, Tristán... Esto puede arreglarse... Admito que cometí un error y deseo repararlo, sinceramente. Ponga usted mismo precio...

—¿Es sincera su oferta, barón?

Súbitamente aliviado, el barón asintió rápidamente.

—Naturalmente. Yo sé perder y pagar...

—Entonces todo tendrá rápido arreglo. Va a telefonar a su oficina principal, en Colonia, directamente al señor Obstfelder. Le ordenará entregar, mañana por la mañana, diez millones a la persona que se presentará portando la confirmación escrita de usted. Añadirá que ese dinero es para realizar un soborno. Y, naturalmente redactará esa autorización escrita del modo adecuado, firmándola también adecuadamente.

El barón estaba pensando muy aprisa. Estaban en Italia, luego aquel tipo debía referirse a diez millones de liras. ¿O tal vez... estaba pensando en marcos alemanes...?

Su alarmada pregunta recibió una sardónica respuesta:

—Nos valora y se autovalora muy deficientemente, barón. Me refiero a diez millones de dólares.

Incluso para el barón, diez millones de dólares representaban una suma muy seria. De modo que peleó.

—¡Usted está loco! No les pagaré esa suma, me niego en redondo. Aparte de que aunque logren forzarme a ello jamás podrán cobrarla. Para disponer de una cantidad de esa importancia...

—Su administrador general sólo necesita, para eso y mucho más, su orden verbal y la confirmación por escrito, absolutamente rutinaria y para fines administrativos. Estamos muy bien informados, créame.

—¡Estén como estén! Ya veo que todo esto ha sido una sucia trampa...

—De lo más sucia; pero no como usted imagina. Barón, usted tiene una fortuna personal que se evalúa, moderadamente, en unos tres mil doscientos millones de marcos, alrededor de mil millones de dólares...

—¡En bienes inmuebles, industriales...!

—También en cuentas de maniobra, depósitos bancarios, valores fácilmente negociables y pequeñeces así. Nosotros pretendemos recortarle apenas una décima parte de sus beneficios de este año, casi una suma irrisoria...

—¿Llama suma irrisoria a diez millones de dólares?

—Todo es relativo, compéndalo. Es una suma irrisoria para usted, importante para nosotros, fabulosa para la casi totalidad de los humanos. Pero no un gran pago por dos vidas.

—Sólo me importa mi vida, señor mío. En cuanto a ese imbécil...

—No me estaba refiriendo a ese imbécil, sino a la señorita Orlandi.

—¿Pretende hacerme creer que ella no ha sido el cebo de esta trampa?

—Usted, barón, mide a todos con su misma vara, ¿verdad? Se equivoca, esa preciosa muchacha nada tiene que ver con este asunto. Yo habría cumplido honradamente con mi parte en el trato nuestro, aunque, como es lógico, reservándome el derecho a conservar algunas pruebas comprometedoras para usted como legítima protección de mis intereses, si usted hubiera jugado limpio. Cuando descubrí que no sólo no pensaba hacerlo, sino que planeaba mi eliminación física, decidí escarmentarlo, eso es todo. La chica y nosotros tal vez tengamos que pasamos aquí algún tiempo. De modo que le propondré un trato. Creo que podré convencerla para que no nos delate cuando la dejemos libre, a cambio de salvar el pellejo. Las mujeres le tienen mucho apego a la vida. Desde luego, pienso contarle que usted las está pasando moradas, incluso puede que le permita ver, no oír, lo mal que lo va a pasar, para que satisfaga el odio que le tiene ahora. Por lo demás, si usted se muestra sensato, ella retomará a su casa con muy pocos desperfectos y ninguno visible. Pero si usted se empeña en ser tonto... entonces uno de estos días la policía italiana va a encontrarles a ambos aquí dentro, convenientemente muertos y rodeados de tal cúmulo de detalles,

que a nadie le cabrá la menor duda acerca de que hubo una especie de Mayerling...

CAPÍTULO IX

Habían transcurrido dos horas. Ahora, el barón se encontraba en paños menores y sin siquiera un maldito cigarrillo que llevarse a los labios; también estaba descalzo, dentro del pelado sótano de la «villa», completamente barrido y limpiado, con el piso cubierto de paja nueva y alumbrado por una bombilla pendiente del techo, demasiado alta para que la pudiera alcanzar. La puerta también era demasiado sólida para pensar en derribarla a empellones y no había ventana ni ventanuco.

Arriba, en una de las habitaciones, el atribulado sicario únicamente vestido con un *slip* que hacía más patéticamente ridícula su estampa, estaba escuchando su sentencia.

—En todos los tiempos los que efectúan cierto tipo de actividades han sido despreciables y despreciados, amigo. Y antaño solían colgarlos, unas veces del cuello y otras de los pies. Nosotros vamos a contentarnos con aplicarte una antigua y justa pena, desgraciadamente ya en desuso. Cincuenta fustazos en las posaderas, para que no puedas sentarte al menos en un mes, como no sea en silla desfondada.

No le valieron coplas. Después de todo, aquello era justicia. Lo había sido durante muchos siglos es la vieja y civilizada Europa. En algún que otro código aún restaban los correspondientes capítulos legales, sólo que olvidados actualmente.

Al barón dejáronle cocerse en su propia salsa. Pero era hombre duro y no terminaba de asimilar la idea de que estaba en poder de otros más duros que él misino. Incluso cuando le presentaron a la piltrafa de su factótum se mantuvo terne.

—No se atreverán a ponerme las manos encima...

—Desde luego que no. En realidad, somos partidarios de los sistemas científicos de persuasión, como va usted mismo a comprobar ahora.

Lo que ocurrió después, el barón von Scharff zu Barrendorff nunca se lo hubiera imaginado.

Saben muy bien los médicos, sobre todo los neurópatas y

psiquiatras, que el ser humano es un mísero animal repleto de terrores oscuros que anidan en el subconsciente y pueden, incluso, no asomar nunca a lo largo de una vida. Y que tales terrores son capaces de destrozar la resistencia psíquica de individuos normalmente bravos y duros, hasta extremos muy grandes. También lo saben los servicios secretos y toda esa gente...

El barón sentía un asco infinito, hasta la náusea, por las mujeres gordas. Era algo patológico que, de rechazo, provocaba su patológica obsesión por las doncellas gráciles, puras de líneas, esbeltas como gacelas, delicadas y bellas. La simple vista de una gorda, sobre todo si ya había sobrepasado cierta edad, lo enfermaba. Cosas...

Cuando se abrió la puerta de su encierro y entraron, una tras otra, tres extraordinarios ejemplares de esteatopigia, realmente elefantiásicas, más feas que Picio, casi bigotudas, de edad completamente indefinible, pero desde luego muy superior a los cuarenta, greñudas, sucias, zafias..., el barón se puso lívido y retrocedió hasta el rincón más lejano del sótano. Desde la puerta, Trisan le dijo, burlón:

—Buenas noches, barón. Ya ve que nos hemos ocupado de procurarle una excelente compañía...

Luego la puerta se cerró, dejándole solo con los tres horrores, que le miraban como las hienas deben mirar a una buena carroña. Toda la noche sólo con ellas, sin poder escapar...

Cuando aquellas tres abominables caricaturas de mujer se sentaron en silencio frente a él, inmóviles, limitándose a contemplarle fijamente, sin pestañear, el barón von Scharff zu Barrendorff se puso verde. Comenzó a balbucir ruegos, súplicas, ofertas, amenazas... sin el menor éxito, en italiano, alemán, francés, inglés y hasta ruso, porque había perdido el control de sus nervios. Pero aquellos engendros del Averno le miraban, sin moverse, rígidos como postes...

—Si no se vuelve loco, o se muere de repulsión esta noche, será que tiene mucho más aguante del que le hemos calculado. No puede impedir nada, ignora que se las ve con tres viejas turcas, ninguna de las cuales conoce lo más mínimo de otro idioma que el suyo propio y aunque lo descubra de nada le servirá, puesto que ellas no pueden entenderle...

El barón sólo aguantó hasta la medianoche. A esa hora pidió clemencia. Y era un hombre muy distinto del que había llegado horas antes en busca de Isotta Orlandi. Gemía, literalmente, al decir:

—¡Basta, por piedad, no las dejen más tiempo conmigo...! ¡Haré todo lo que me piden, firmaré, firmaré lo que sea, pero por piedad se lo suplico...!

Tres horas más tarde, un potente automóvil conducía a Philip a Milán, donde subió a un avión privado que voló al amanecer por encima de los Alpes. A las once de la mañana siguiente, el mismo Philip, impecablemente trajeado y con todo el aire de ser uno de esos jóvenes ejecutivos que están merendándose al mundo, entraba en las oficinas centrales del grupo Scharff, en Colonia, daba su nombre —un nombre— y solicitaba ser recibido nada menos que por el administrador general de las empresas Scharff. Tardaron apenas tres minutos en introducirlo en uno de esos despachos que sólo pueden tener los altos ejecutivos de las importantísimas empresas y los ministros de algunos países. Allí, un hombre grueso, casi calvo, mofletudo, de canos cabellos y rostro bondadoso, más parecido a un salchichero de aldea que a un importante financiero, le recibió cordialmente.

—El barón me advirtió por teléfono su llegada, señor Zelandier. Supongo que trae su confirmación por escrito... Ya sabe, se trata del lógico requisito administrativo...

—Naturalmente que la traigo. Tómela.

El señor administrador general la tomó, la leyó, sonrió, la guardó cuidadosamente, tomó otro documento y se lo tendió a su visitante.

—Aquí tiene usted la orden de transferencia. El dinero estará a disposición de sus representados a partir de las doce en punto en el Banco...

Philip tomó aquella orden, la leyó atentamente, la guardó en su cartera de negocios, sonrió, estrechó la mano al administrador general, intercambió con él unas frases corteses y luego abandonó aquella oficina coa la misma tranquilidad de que hizo gala al entrar. Así cambiaron limpiamente de manos diez millones de dólares.

El barón permaneció todavía veinticuatro horas en aquella «villa» donde tan felices se las prometiera. Las pasó reponiéndose, más psíquica que físicamente, del rudísimo golpe recibido en su

sensibilidad. Finalmente, apareció Tristán y le comunicó que estaba libre.

—Su coche está afuera a su disposición. Puede llevarse a su acólito también, aun cuando creo que él no podrá ir sentado. La señorita Orlandi, sana y salva, ha partido esta mañana de Bolonia para ir a reunirse con su amigo el marqués de Piazzaferrata. La hemos convencido de que no debe acudir a la policía, pero no creo que deje de contárselo todo a su prometido. En su lugar, barón, yo me olvidaría para siempre de ella y de todo el negocio, créame. Esa muchacha es muy capaz de ponerle en la picota pública y, por lo que a nosotros toca, nos vamos a esfumar; pero si descubrimos que hace lo más mínimo para identificarnos y castigarnos, informaremos a todas aquellas personas que le conocen, poco o mucho, y a los más importantes periódicos del mundo libre, y también a esas publicaciones especializadas denominadas Prensa amarilla de todas sus andanzas.

Fue suficiente para el barón von Scharff zu Barrendorff. Jamás, mientras viviese, olvidaría aquella dantesca pesadilla, ni movería un dedo para castigar a los culpables. Sólo deseaba verse lejos de allí...

—Después de todo —comentó Isotta plácidamente horas más tarde, mientras tomaba café con Tristán y Philip—. Después de todo, podría hasta decirse que somos ejecutores de alta justicia. Acabamos de castigar al barón al viejo estilo, por de más pecado había...

Y era verdad.

Tan verdad como que existían en el mundo seres prácticamente inatacables; por ejemplo, Hiram Burdoch.

—No tiene ningún vicio, ni notorio, ni secreto. Es un perfecto asceta. Tiene una familia, ciertamente, pero la detesta tanto como la desprecia y ni a su esposa ni a sus hijos les concede el más mínimo valor; por ese lado se reiría si alguien tratara de sacarle dinero. No ha habido forma de encontrarle un punto flaco.

—A él, no, pero sí a su organización.

En efecto, Hiram Burdoch era personalmente invulnerable... salvo a través de Cibernéticas Burdoch. Y Cibernéticas Burdoch, dedicábase a la fabricación de todo tipo de máquinas ultramodernas de esas que asustan a los hombres sencillos, asombrándoles de paso y, simplemente asustan, a aquellos que piensan en lo que está parando

el libre albedrío y el derecho a la intimidad sin cortapisas del ser humano. Cibernéticas Burdoch era un vasto complejo de factorías, oficinas de planificación, máquinas y tecnócratas, con algún que otro hombre normal tratando de mantenerse humano en medio de todo aquel desalmado futurismo. Millones de dólares de beneficios cada año...

—Jamás ocurrirá un fallo en Cibernéticas Burdoch —afirmaba tajante su dueño—. Las máquinas no fallan, porque otras máquinas las vigilan y detectan a tiempo sus posibles defectos o errores; otras máquinas los reparan y, a éstas también las vigilan día y noche complejos cerebros electrónicos dotados de inteligencia humana, ¡qué digo!, superior a la de muchos humanos. En cuanto a los hombres que empleo en mi empresa, sus cerebros también están programados como los de las máquinas; ellos mismos son máquinas eficientes, aunque a menudo no lo sepan. Conozco todo sobre sus personas, sus vidas privadas y las de sus parientes; mejor dicho, tengo otra máquina que recibe y conserva, clasifica y selecciona, a diario, datos de todo tipo con respecto al comportamiento de mis empleados humanos. En cuanto uno de ellos, por sí mismo o por parientes muy cercanos, da indicios de fallo, cae de lleno en libertad vigilada y ya no le es posible hacer nada que redunde en perjuicio de mis empresas.

Sí, eso eran Cibernéticas Burdoch y su amo; un perfecto anticipo de lo que, si Dios, la polución de aires y aguas, los arsenales nucleares o quien sea, no lo remedia, será la Humanidad de aquí a cien años. Pero Dios está siempre alerta. También tiene sus métodos de detección de cosas que andan camino de extralimitarse y medios mucho más ingeniosos que los de las máquinas para ponerles el *stop* ese.

Por eso se estaba planeando la «Operación Burdoch».

Ya se ha dicho, Hiram Burdoch era, personalmente, un asceta. Dios solía rendirle una especie de pleitesía hecha de ritos, a la que no fallaba nunca. Y ocurrió cierto día, con ocasión de hallarse en tales ceremonias, que se le acercó un desconocido.

—Hiram Burdoch, ¿verdad?

Nadie abordaba así a Hiram Burdoch, ni siquiera en el templo. Iba a contestarle a aquel individuo como a su juicio merecía, cuando advirtió algo que puso prudencia en su lengua. Por su parte, el

audaz y descarado tal, añadió:

—Sí, es una pistola. Pero además, ahora mismo hay aquí dentro otras cuatro pistolas apuntándole. Será acribillado a balazos en cuanto realice el menor intento de llamar la atención. Por otra parte, sólo pretendo que me escuche durante diez minutos de su muy precioso tiempo.

Hiram Burdoch hizo rápidas cuentas mentales. Para que un tipo como aquél, que no estaba, evidentemente loco, se arriesgara a una cosa así en un lugar como el que se encontraban, por fuerza la cosa iba de veras. Y diez minutos, a la postre, sólo son diez minutos.

—De acuerdo, le escucharé.

—Magnífico. Venga conmigo.

Se lo llevó a una dependencia del templo que estaba vacía y donde nunca Hiram Burdoch estuvo. Todo diole a entender que era víctima de un plan cuidadosamente trazado. ¿Qué diablos se propondrían aquellos tipos? Dinero, seguro. Iban arreglados, si esperaban amedrentarlo...

Pero su interlocutor sonrió plácidamente al escucharle.

—Sabemos muy bien que, personalmente, es invulnerable, Burdoch. En cambio, su empresa no lo es.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Burdoch, usted va a comprobarlo enseguida. Una vez lo haya comprobado, esperará nuestro aviso. Cuando lo reciba, acudirá adonde le digamos y nos entregará la suma que acabo de indicarle en las condiciones que a su debido tiempo le marcaremos.

—Si son capaces de forzarme a obedecerles no sólo les daré ese dinero, sino que no avisaré a la policía. Pero desde ahora mismo les advierto que voy a poner toda la carne en el asador para hacer que se arrepientan de haberme molestado en el templo con amenazas y chantaje.

—Está en su perfectísimo derecho, Burdoch. Sin embargo, le aconsejo que antes de tomar sus iniciativas espere hasta mañana. Y ahora quédese aquí dos minutos, por su bien.

—¿Y si me niego? No va a matarme...

—No. Pero le provocaré un chichón que va a dolerle mucho.

Hiram Burdoch prefirió quedarse unos minutos allí dentro. Y luego no avisó a la policía lo sucedido. Esperó a la mañana siguiente.

Estaba precisamente reunido en consejo con sus más altos

empleados cuando centelleó la luz roja de alarma, que nunca hasta entonces se había encendido en aquel panel electrónico de mandos. Y cuando, veloz, abrió la pantalla de televisión a imagen y sonido, vio y oyó al descontrolado Tecnócrata Máximo de sus empresas.

—¡Señor Burdoch, acaba de ocurrir algo inimaginable! ¡Abraham se ha vuelto loco!

Abraham se había vuelto loco... Era como si le anunciaran que venía un nuevo Diluvio, otro Mene, mene, thekel uparsim. Hiram Burdoch se quedó sin aliento... y lo mismo les sucedió a sus altos empleados.

Porque Abraham era la maravilla de las maravillas; el más perfecto de los cerebros electrónicos fabricados hasta entonces por la industria mundial, orgullo y prez de las Cibernéticas Burdoch, valorado en diez millones de dólares... y máximo rector de todo el vasto complejo de empresas, capitán de los ochenta y tantos cerebros electrónicos de segundo y tercer grado que las regían puntualmente sin el menor fallo. Era algo así como si en una autocracia, pescara la gripe el tirano Máximo. ¿Quién, entre la disciplinada masa amorfa de siervos debidamente escalonados, tomaría las decisiones importantes?

—¿Qué es lo que está haciendo Abraham? —aulló Hiram Burdoch.

—Se ha puesto a transmitir órdenes disparatadas a los otros cerebros y éstos, a su vez, las pasan a las máquinas...

—¡Desactívenlo inmediatamente!

—Pero..., pero jamás se ha hecho...

—¡Pues háganlo ahora, maldito sea! ¿Es que no saben tener una iniciativa? ¿Para qué demonios piensa que les estoy pagando el sueldo?

Ahí estaba el mal. Porque tenía a sus órdenes una hueste de brillantísimos tecnócratas, cada uno de los cuales era archicapaz de tragarse de una sentada un millón de cifras y datos, rumiarlos, digerirlos y después eyectar una planificación programada acerca de cualquiera que fuere su superespecialidad; por ejemplo, el mejor sistema para conseguir que los granos de alpiste cayeran milimétricamente en la boca de los canarios sin perderse uno, de acuerdo con los condicionamientos superestructurales de la fisiología híbrida del canario y los índices matemáticos de crecimiento del alpiste según estadísticas. Lo que no sabían, por

ejemplo, era cómo diablos abrirle al canario el pico.

En otras palabras, los brillantísimos tecnócratas de Cibernéticas Burdoch eran simples robots de carne y hueso. Actuaban con arreglo a la más perfectísima rutina mental, tenían una enciclopédica ignorancia de todo aquello que se saliera de sus carriles de pensamiento especializadísimo y, por si fuera poco, habíanse dormido en el seno de Abraham. Cuando Abraham se volvió loco, de repente, pues también ellos se volvieron, locos.

A Hiram le faltó poco para volverse también, desde luego. De pronto, todo su archiperfecto imperio de máquinas se iba al garete y nadie entre sus siervos parecía saber cómo arreglarlo. Durante las horas siguientes, en las treinta y dos sucursales de Cibernéticas Burdoch reinaron el desconcierto y la anarquía, que son sinónimos absolutos. Técnicos, tecnócratas, supertécnicos, simples obreros..., todos tuvieron que cruzarse de brazos, contemplando en la más absoluta impotencia, y algunos, todo hay que decirlo, con una súbita sensación de alivio, a las máquinas detenidas en su inhumana marcha continua, atónitos ante lo inconcebible. Durante muchas horas, todo el vastísimo complejo de Computadoras Burdoch se convirtió en un cementerio de la supertécnica.

Y la noticia trascendió. Fue a las primeras páginas de los periódicos, llegó a la Bolsa...

—¡Cibernéticas Burdoch ha perdido catorce enteros!

Era el cataclismo. Setenta supertécnicos estaban buscando como locos la avería en el complejísimo cerebro de Abraham, sin encontrarla. Setecientos tecnócratas y siete mil carísimas y complicadísimas máquinas permanecían parados, aturdidos por el silencio total y nunca conocido de la empresa. Miles y miles de clientes en el vasto mundo, veían paralizadas sus actividades, en el aire sus negocios..., porque Abraham se había vuelto loco. La magnífica central telefónica de la empresa tenía sus líneas bloqueadas; los telegramas, cablegramas, télex y demás rapidísimos medios de comunicación, cursaban incesantes demandas de aclaraciones, reclamaciones, exigencias. Varios gobiernos se asustaron mucho porque sus servicios secretos veíanse sin información ultrarrápida...

Y entonces anunciaron a Hiram Burdoch la llegada del señor Ángel. Sí, se la anunciaron. Porque apenas tuvo la certeza del desastre, fue

lo primero que hizo el magnate de la cibernética; advertir que esperaba a un individuo así llamado y que en cuanto llegase, por encima de cualesquiera otras visitas o asuntos, se le introdujera en su despacho. De modo que Vladimir, príncipe Kurbski de Ryazán, descendiente por la vía directa de Rurik, último vástago de su estirpe, penetró hasta el sancta sanctorum de Hiram Burdoch como en un tiempo lejano penetraran los enviados de El en la de Lot, allá en Sodoma.

—Bien, Burdoch, como ve hemos cumplido nuestra promesa. ¿Está de acuerdo?

Hiram Burdoch estaba de acuerdo, también enfermo, al borde del colapso cardíaco, vencido y humillado:

—¡Sí, malditos sean! Han ganado, pagaré... ¡Pero díganme qué le han hecho a Abraham y el medio de arreglarlo inmediatamente!

—Todo a su debido tiempo...

—¡No hay tiempo que valga! Hemos perdido ya ochenta millones en la Bolsa y casi se ha producido el pánico. Si para mañana, al reabrir la, no está ésa avería arreglada, me hundo... Aun así va a costarme mucho recuperar la plena confianza de mis clientes...

—Quizá usted, Burdoch, necesitaba esta lección, ¿no cree? Se había llegado a imaginar tan grande como Dios; invulnerable. Erigió un imperio de máquinas, el más inhumano de todos, y se lo ha presentado a los hombres de su tiempo como la máxima perfección de la civilización, la vía única del futuro. Usted, Burdoch, como muchos otros, ha llegado a olvidarse del hombre, que es como olvidarse de Dios. Dios, Burdoch, no ése al que usted adora mecánicamente, sino el otro, el que creó el universo, la luz del día, los pájaros, las flores, el viento y la lluvia, la sonrisa del niño y la canción de las madres. Es un ingeniero muchísimo más perfecto que los suyos, sin embargo, no consideró prudente, ni bueno, ni sabio, el crear máquinas excesivamente perfectas, tal vez porque para eso creó al hombre. El hombre, Burdoch, procure no volver a olvidarlo, esa pella de barro con una leve chispa divina en el cerebro, la clase de chispa que nunca podrán tener las máquinas más perfeccionadas. Y ahora, Hiram Burdoch, usted va a cumplimos su promesa.

—¡Sí, lo haré...!

—Lo hará porque, si no lo hace, lo que está sucediendo será una pequeñez comparado con lo que sucederá. Porque destruiremos su

imperio cibernético con muchísima mayor facilidad que si fuese una vieja ciudad amurallada del Medioevo, no se le olvide. Nada hay tan vulnerable como el progreso de las máquinas, Burdoch. Y ahora diga a sus técnicos que dejen en paz a Abraham. La causa de todo está en una de las dínamos electrónicas que le suministran la corriente electromagnética de impulsos láser. Hallarán dos tornillitos aflojados y dos de las clavijas invertidas. Cuestión de diez minutos de trabajo...

Cuestión de diez minutos de trabajo... Dos tornillos de doce milímetros, dos clavijitas de seis centímetros... y todo un fantástico complejo cibernético se había ido al garete; un cerebro electrónico de diez millones de dólares se había vuelto loco, trabucando todas sus ideas ni más ni menos que un hortera borracho.

Hiram Burdoch, después de todo y con todos sus defectos, era un gran hombre. Se tragó la lección y la rumió. Una de sus reacciones consistió en despedir al ochenta por ciento de sus tecnócratas y supertécnicos archiespecializados, sustituyéndolos por hombres de quienes se comprobó que no habían aún perdido la capacidad de iniciativa y el equilibrio moral, naturalmente gracias a las máquinas. Pero tampoco las máquinas volvieron a husmear en las vidas privadas de los empleados de Cibernéticas Burdoch, limitándose a actuar en lo tocante a su trabajo y la seguridad normal de la empresa. Un viento de renovación, un resurgir de los derechos humanos, se notó...

Pero antes, Hiram Burdoch reunió diez millones de dólares en moneda fuerte de diversos países y realizó ochenta y cuatro envíos, de diversa cuantía, a otras tantas personas en otros tantos países. Los envíos fueron efectuados de modo absolutamente normal y, quienes tuvieron interés en averiguarlo, supieron que se trataba de un extraordinario gesto de humildad y generosidad del poderoso hombre de negocios, sin duda como cumplimiento de un voto cuando su gran empresa se vio al borde del desastre. Todos, incluso los más suspicaces, se conformaron con aquella explicación, pues no parecía haber otra más lógica.

Naturalmente, Hiram Burdoch no había visto tocado su corazón por el arrepentimiento, ni mucho menos. El día en que fue, personalmente, a entregar los justificantes de haber realizado todos aquellos envíos a Vladimir, tras dárselos y asegurar que no abrigaba

en su alma ningún sentimiento de revancha, se le quedó mirando y preguntó:

—¿Cuánto me costaría conseguir que los dos competidores más fuertes que tengo en la actualidad, sufrieran la misma clase de desastre que me ha tocado a mí afrontar? Desde luego, garantizando el máximo secreto.

Vladimir sonrió y le contestó que la respuesta requería una consulta y se le daría a las veinticuatro horas. Pasado aquel tiempo, le llamó por teléfono y se la dio:

—Habida cuenta de que usted ya es un cliente, le haremos una rebaja del cincuenta por ciento sobre nuestros honorarios.

Y así fue cómo, en el transcurso de unos pocos meses, la poderosa industria cibernética sufrió tres golpes de los más tremendos, desacreditándose el mito de su invulnerabilidad e infalibilidad.

CAPÍTULO X

—Pues yo estoy segura de que se trata de los marcianos, los extraterrestres, los alienígenas. Y nadie me convencerá de lo contrario.

La honorabilísima señora Ghislaine Monencourt, cuando opinaba sobre algún tema, hacíalo como si emitiera dogmas. Cosa bastante lógica, tratándose de la octava fortuna de Francia, el imperio Monencourt del pret-a-porter doscientas tiendas distribuidas por todo el país y otras mil por la Europa occidental y Sudamérica.

La señora Monencourt era viuda, tenía cuarenta y siete años de edad; se mantenía de bastante buen ver gracias a las maravillas de la cosmética y la cirugía estética y, según las malas lenguas que nunca faltan, hallábase metida de lleno en «la última milla». La señora Monencourt era, además, ferviente profesa en astrología, entre otras cosillas. Ah, y la señora Monencourt tenía un solo vástago, heredero de su «imperio», que se daba la vida de tantos y tantos herederos imperiales.

—Sólo gentes así pueden actuar con tanta impunidad y tal desprecio de todos los valores estatuidos...

La señora Monencourt era fervientísima creyente en los valores estatuidos; sólo que nunca definía mucho los tales valores, por si acaso. Tal vez por pudor...

Treinta años atrás, la señora Monencourt era una avispada y graciosa midinette, oriunda de la banlieue de París. Su infancia no había sido ni cómoda ni brillante, pero le enseñó mucho y sobre todo cómo aprovecharlo. A los diecisiete años ganó un concurso de belleza y lo aprovechó cumplidamente. A los diecinueve era modelo de alta costura. A los veintiuno se casó con Félicien Monencourt, sastre de profesión y doce años mayor que ella y un águila para los buenos negocios, pero sin dinero para montarlos y explotarlos. La pareja montó casi inmediatamente una *boutique* con dinero facilitado a crédito. Fue el fundamento del imperio Monencourt. A su debido tiempo llegó Gogó —legalmente Jules Marie Félicien Antoine François René Etienne— y también a su debido tiempo

falleció su padre. Para entonces la cadena Monencourt ya tenía, entre Francia y el extranjero, setecientas tiendas y la señora Monencourt mucho dinero.

Naturalmente, al morir su marido, la señora Monencourt se hizo cargo de los negocios familiares, metió a su hijo Gogó en un colegio de lujo y se convirtió rápidamente en alguien muy importante en el mundo de la ropa femenina.

La señora Monencourt adoraba a su Gogó. El mozo se daba la vida padre en la high life, sin preocuparse, naturalmente, poco ni mucho, de otros negocios que los sentimentales ni coger otro libro que el de las cuarenta hojas; mas, para su madre, aquel vástago único de sus entrañas era algo perfecto e intocable...

—Abomino de ésa ciase de gentes que se burlan de todas las cosas más sagradas. Y no concibo la inexplicable lenidad de las autoridades...

La señora Monencourt referíase a una serie de escandalosos hechos últimamente ocurridos. Por ejemplo, a la reaparición, entre rechifla y curiosidad, del político Anatole Sylvester en su domicilio, tras tres meses largos de exilio en lugar que no parecía poder localizar y entre gentes a las cuales tampoco podía, por lo visto, describir. El famoso político, según aireaban reportajes aparecidos en todos los magazines de alguna talla, había vuelto rollizo, lustroso, relajado, curado de cierta úlcera hepática o poco menos que eso y en posesión decaigo así como amnesia parcial. Mientras tanto su partido había perdido las elecciones y tenía otro leader.

También al general Castuera le habían hecho una buena faena, vamos. Tras haber sido raptado limpiamente por otra de aquellas hordas con siglas casi idénticas a otras cien organizaciones nacionales y, por lo mismo, imposible de diferenciar, se había pasado cuatro meses largos Dios y sus raptos sabrían dónde, mientras la policía de su país perdía la chaveta buscándole infructuosamente, sus enemigos políticos se aprovechaban de su forzada ausencia para darle la vuelta a la tortilla de un modo bastante incruento y todos los contestatarios del país afirmaban no haber tenido nada que ver con el secuestro ni conocer tampoco al grupúsculo secuestrador. De repente, una buena mañana, los atónitos habitantes de su pequeña ciudad natal le vieron entrar en la plaza del mercado vestido como un indito y guiando un carrillo

cargado con melones y aguacates. Cuando pasado el asombro general fue llevado al cuartelillo de la policía, se descubrió que Castuera parecía haber caído del limbo. El otrora temido y temible hombre público se había convertido en un apacible individuo al que tan sólo le interesaba cultivar la tierra, criar chanchos y tumbarse en una hamaca a mirar el cielo mientras se tomaba su cafelito. Los más eminentes especialistas, traídos apresuradamente por la atribulada familia y, todo hay que decirlo, con beneplácito de todos, estaban tratando de averiguar qué diablos pudo haberle ocurrido.

Y aquello de que Hiram Burdoch regalara diez millones de dólares a decenas de filántropos o sociedades filantrópicas absolutamente heterodoxos, o sea, sin ninguna ligazón con las autoridades de sus países respectivos, ni con ninguna organización internacional, nacional, regional o meramente formada por las damas de la alta sociedad de sus localidades de residencia, a raíz de la extraña paralización sufrida por su imperio cibernético...

—¿Verdad que se trata de extraterrestres, Poderoso Om-Phong?

El Poderoso Om-Phong, Duodécimo Buda reencarnado, lama de la Primera Jerarquía, Santo entre los Santos, Señor del Cuarto Círculo y otras cosillas no menos impresionantes, esbozó una minisombra de sonrisa. La habitación era impresionante y uno, allí dentro, no podía aceptar que, de hecho, se hallaran a seiscientos metros de L'Etoile,

hoy Charles de Gaulle. De los cuatro pebeteros de plata antigua, surgía el humo odorífero de mágicas semillas que allí se quemaban, envolviéndolo todo en una neblina anaranjada gracias a la difusa luz emitida por tres lámparas de oro puro y cristal de topacios. El tres, el cuatro y el doce, los grandes números mágicos, imperaban allí, donde el silencio era total y el mobiliario parecía arrancado de las profundidades de un palacio tibetano.

—Se trata de extraterrestres, señora Monencourt —dijo, con aquella voz profunda y sedante, que la dominaba tanto como su magnética mirada—. En realidad, ellos ya gobiernan nuestro mundo.

—Oh... ¿Quiere decir que... que tienen las riendas del poder...?

—Y están preparándose para cambiar el rumbo de la Humanidad. Sólo que todavía necesitan tiempo, no por ellos, sino por los humanos, cuyos débiles cerebros difícilmente podrían resistir el impacto de la Gran Verdad sin ser previa, continua y lentamente

encauzados a comprenderla y admitirla. Pero eso no le debe preocupar. Ocurrirá después de que usted haya realizado el tránsito. La señora Monencourt se estremeció. Como a todas las mujeres, la idea de transitar la espeluznaba.

—Supongo... supongo que tardaré en... en eso...

El Poderoso Om-Phong volvió a esbozar su misteriosa sonrisa.

—No debe tampoco preocuparle. Aún le queda que disfrutar mucho de los goces de este mundo.

Ya más aliviada, la señora Monencourt fue a lo suyo. Visitaba cada tres días al Poderoso Om-Phong —cinco mil francos fuertes la visita— para que él la guiara con sus consejos en el negocio y en la vida. De todos los hombres sabios en los misterios astrales que ella tratara, y habían sido muchos, ninguno como ese tibetano. Desde que pocos meses antes le visitó por primera vez, llevada por su gran amiga la princesa Swiatowski, no pasaba día sin que diera gracias al cielo por haberle deparado tan poderoso guía. Om-Phong le había demostrado no sólo conocer todo su pasado, inclusive detalles que estaba segura de ser la única conocedora de los mismos, sino su futuro y, también, el de su amadísimo hijo. Ahora no abría un nuevo establecimiento, no se decidía por una nueva moda, sin consultárselo previamente a Om-Phong. Y Om-Phong no le fallaba jamás.

Nada de bolas de cristal, ni de pantomimas más o menos truculentas. Simplemente, sentábanse cara a cara, envueltos en aquella atmósfera mágica. El la miraba con sus ojos magnéticos y le hablaba con aquella voz sedante. Ella sentíase entonces liberada de todo daño, de toda ligadura, era ella misma, y preguntaba, asimilaba, se explayaba, como si a su espíritu le naciesen alas. Tras de cada sesión, sentíase rejuvenecida, más fuerte, más sana y más feliz. Más segura de la magia potentísima de Om-Phong.

—Usted no debe hablar de mí a nadie mientras yo no se lo autorice, señora Monencourt. No soy un charlatán, no me interesa el dinero. Sus donativos van a parar, usted lo sabe, a obras de caridad...

Eso era cierto. Ella no pagaba nunca en caja, allí no había nadie tendiéndole la mano. Al salir de cada consulta, se encaminaba en su lujoso coche al lugar que se le indicaba previamente —siempre uno muy semejante a aquél en que transcurriera su propia niñez— y entregaba cinco mil francos a gentes que los recibían con una

sonrisa abierta de agradecimiento sincero. Unas veces se trataba de una madre con varios hijos pequeños y el marido en el hospital; otras, de un orfanato pobre; otras, de un matrimonio de emigrantes que iba a ser desahuciado de su cochambroso hogar... El Poderoso Om-Phong parecía saber a quién, justamente, le hacía más falta aquel dinero. Y ella, la señora Monencourt, que jamás aflojaba la bolsa por más de diez francos para nadie, cumplía religiosamente aquellos encargos porque era el dinero del Poderoso Om-Phong, no el suyo, el que estaba dándole aureola de alma caritativa.

—He estado repasando su horóscopo. Hay venturas y desventuras. Primero le diré las cosas ingratas.

Gogó andaba con una muchacha que no le convenía, podía traerle complicaciones y disgustos.

—No ella directamente, pero tiene un aura astral incompatible con la de su hijo. Si no la deja, pronto se provocará un campo orbital agresivo y en tal caso todo será posible. Lo que sea ocurrirá en el plazo de tres días.

En cuanto saliera llamaría a Gogó para exigirle que dejara a aquella muchacha. Tendría que hacerle caso, no faltaba más...

—Por otra parte, muy pronto, antes de mañana, va a tener un grato encuentro. Será en una reunión social, pero en el campo o al aire libre...

—Mañana debía ir a una garden-party que tendría lugar en Novilly, en la finca de los marqueses de Levallois, pero vacilaba, tengo trabajo.

—Vaya. Un Leo la está buscando sin saberlo. No es un muchacho inestable. Durante dos semanas, Leo estará aguardándola a usted...

La señora Monencourt salió del sancta sanctorum de Om-Phong repleta de dicha entremezclada con preocupaciones. Y se fue a Sénancourt a entregar los consabidos cinco mil francos a una viuda joven, una portuguesa con seis chicos pequeños cuyo marido acababa de ser despanzurrado por un turismo mientras trabajaba en la reparación de una carretera de los alrededores de París.

El Poderoso Om-Phong, Duodécimo Buda, etc., etc., etcétera..., salió de su sancta sanctorum, metióse en un prosaico, pero muy elegante y completo, cuarto de baño con una mesita de tocador acoplada y procedió a quitarse una de esas mascarillas de plástico especial, o lo que sea, actualmente tan usadas por los transformistas de primera

fila y los agentes más o menos secretos. También se quitó un curioso aparato bucal que le servía para emitir aquella voz sedante y profunda, y unas lentillas que hacían intensamente negras sus pupilas, así como una peluca perfectísima. Del misterioso oriental sólo quedó un montoncito de artilugios dentro de un cajón del tocador aquel. Ante el espejo quedó un hombre joven, atlético, de rostro agradable y lleno de personalidad; uno de los miembros del clan de marras.

Aquel hombre pasó a otra habitación, muy normal, pero bien amueblada. El caballero que allí se encontraba era de edad mediana y aspecto elegante. Ambos intercambiaron unas palabras mientras iban al despacho. Una vez allí, se estrecharon las manos, y el supuesto Om-Phong siguió hasta el aseo de servicio, entró en el mismo y manipuló algo en una rendija.

Todo un estrecho paño de pared enladrillada se hundió lenta y silenciosamente, hasta dejar un hueco de metro y medio de alto por poco más de medio de anchura. Por allí desapareció Om-Phong...

Al otro lado había un simple cuarto vacío. Haciendo bajar una palanca, Om-Phong devolvió el panel a su sitio, perfectamente encajado. Luego salió del cuartito vacío a una espléndida biblioteca de ocho metros por seis, donde estaban un hombre también joven y una muchacha estupenda, elegantemente trajeada, los cuales le acogieron con sendas sonrisas de bienvenida.

—¿Y bien, Alan? ¿Qué tal ha ido hoy la sesión?

Tomando un largo y estupendo habano, delgado, legítimo, el llamado Alan le cortó la punta con unas tijeras de plata, lo encendió con un hermoso artilugio de adorno y fue a repantigarse en uno de los comodísimos sillones, efectuando todas estas operaciones mientras hablaba.

—Perfecto, como siempre. Ni se entera de que es hipnotizada. Todo listo para dar el golpe.

—Vaya, me alegro. Estaba harta de soportar a ese memo engreído.

—Te quedan cuarenta y ocho horas, ya se lo he avisado a su madre.

—¿No crees que lo pueda estropear?

—No. Carece de toda autoridad sobre su hijo y bastará que le pida que te deje, para que él se emperre más en conseguirlo. Por otra parte, ella va a conocer mañana a un hombre... Tú, Beltrán.

—Vaya encarguito...

—Imagínate. La señora Monencourt está en plena edad crítica.

La muchacha rió divertidísima.

—Pobre Beltrán, no te arriendo las ganancias.

—Qué le vamos a hacer... ¿Cómo y cuándo?

—Mañana, en la finca campestre de los marqueses de Levallois, en Novilly. Tú eres un Leo y los astros le garantizan a la señora Monencourt una conjunción con tu signo durante los próximos quince días.

—¿Quince días?

—Hay que darle alguna compensación por los veinte millones de francos que vamos a sacarle...

CAPÍTULO XI

Gogó Monencourt era el perfecto espécimen del *play-boy*. Muy rico, imbécil, vanidoso, inestable, cobarde, no mal muchacho en el fondo, aburridísimo, convencido de ser una gran persona y muy ingenioso.

—Mi madre es una pobre vieja imbécil. Esos charlatanes de los horóscopos le han sacado siempre los cuartos con gran facilidad. Naturalmente, le dije que se fuera al diablo y que no pensaba dejarte. ¿No te parece ridículo?

Allí, la muchacha que lo tenía encalabrinado por su total falta de éxito en conseguirla esbozó una sonrisa displicente e irónica. Era la misma encarnación del chic parisino agradable como una copa de champaña helado.

—También yo tengo una tía muy crédula con esos charlatanes. Pero si quieres hacer caso a tu madre, por mí no lo dejes.

—¡Dé ninguna manera! ¿O es que me crees cosido a sus faldas?

—Se dice que te tiene en un puño, ya sabes.

—¿Mamá a mí? ¡Qué risa! ¿Cómo quieres que te lo pruebe?

—De ninguna manera.

Siguió el juego, habilísimamente llevado por ella, y Gogó, como casi siempre suele suceder en tales juegos, mordió el anzuelo a fondo.

—Cogemos mi avioneta y nos vamos a esquiar a Chamonix. Tengo..., bueno, tenemos un chalet en la Corniche d'Esséres,

un lugar estupendo.

—¿Los dos solitos? Lo siento...

—No estaremos solos, te lo prometo. Habrá otras parejas, pero no muchas, dos o tres. ¿Te parece?

—Ya veremos...

Ella le llamó horas más tarde, por teléfono.

—No puedo ir sola contigo en la avioneta, Gogó. No me fío de tus intenciones. Si de verdad son buenas, vamos acompañados.

Él ya había previsto aquella reacción.

—¿Te parece que vengan Zazi y una amiga suya?

—Bueno, siendo así...

Había caído en la trampa, con todos sus recelos. Tras de colgar, Gogó Monencourt se frotó las manos alegremente. Se había puesto de acuerdo con su viejo compinche de aventuras galantes Zazi Berthollet, otro fils de papa, y ahora iba a ver Alix lo que era bueno.

—Zazi, ya la tengo. Acepta que vengas con una amiga... Sí, desde luego... No me vayas a fallar...

Zazi vendría con una vieja conocida de ambos, una buena moza. También acudiría Toby con otra amiguita. Ambas sabían dar el camelo, pasar por muchachas un tanto desenvueltas de buena familia, y Alix no recelaría. Una vez consumado todo, de nada le serviría encrespase, tendría que aceptarlo. Y lo aceptaría, como todas...

Gogó disponía de una espléndida avioneta de cuatro plazas, más la del piloto, que usaba para sus largos desplazamientos de millonario sin problemas. Llamó al piloto, un tipo discreto y de toda su confianza, ordenándole que la tuviera dispuesta para la hora adecuada, ya de noche. Luego se atizó unos tragos para entonarse y de paso autofelicitarse por su habilidad.

El piloto llegó media hora antes que él al aeropuerto.

—Collet se ha partido la muñeca al resbalar estúpidamente en el baño; esos accidentes le pasan a cualquiera —fue su único comentario cuando los encargados del mantenimiento de la avioneta le mencionaron el incidente. Ellos habían recibido aviso telefónico del propio y muy malhumorado piloto del señorito Monencourt, comunicándole el incidente con pocas palabras y avisándoles que iría un sustituto, amigo suyo, a pilotar la avioneta. Cuando uno tiene en la nuca la punta de una navaja italiana, y la certeza de que si no obedece van a enviarlo al otro barrio, uno se acuerda de la familia y coopera...

Los del aeropuerto no abrigaron, pues, ninguna duda, máxime notando la evidente pericia del sustituto en los mandos.

Gogó fue a recoger a Alix, lleno de euforia. Tanto que a ella no le costó ningún trabajo impedir que advirtiera nada anormal cuando llegaron al aeropuerto. Se fueron derechitos a la avioneta, cuyos motores ya estaban calentándose, y subieron a bordo aprisa, sin entablar conversación con nadie, cosa por otra parte habitual.

Allí comenzaron las tribulaciones para el pobre fils de maman. Ya

que, apenas puso el pie dentro de la cabina, viose delante de una magnífica pistola provista de silenciador que fue a pegarse delante de sus mismísimas narices y vio que la empuñaba un tipo para él del todo desconocido, mientras otro no menos desconocido, ni menos armado, apuntaba con la misma persuasiva actitud a Alix.

—Un grito y eres muerto. Pasa.

Gogó sintió, de repente, un terrible vacío en la boca del estómago y ansias de desmayarse. ¡Un secuestro, iban a secuestrarle a él!... Pero el miedo súbito le agarrotó las cuerdas vocales. Temblón, obedeció, como estaba obedeciendo, mucho más serena que él, aunque también inquieta, Alix.

La avioneta despegó normalmente, alzó su proa al cielo y se perdió por entre las nubes, más bien bajas, hacia el Sudeste.

—Tranquilos, muchachos. Nada os pasará si sois buenos chicos; sólo buscamos el dinero de mamá...

Aquella certeza alivió algo el pánico de Gogó, que halló su voz y pudo preguntar qué iban a hacerles, y cómo habían podido apoderarse del avión. Aquellos tipos parecían ser muy duros, muy avezados; estaban muy tranquilos. Mucho más que él, desde luego.

—Sencillo, Gogó. Te llaman así los amigos, ¿verdad? Llevamos una temporada siguiéndote los pasos y pusimos un chivato en tu apartamento. Así que cuando descubrimos la cochinada que le preparabas a esta amiga tuya, decidimos aprovechar la ocasión. Hemos capturado a tu piloto y a ese Zazi, con la fulanita que iba a hacer pasar por una honesta chica de lo mejor.

Tan asustado estaba Gogó que ni se molestó en protestar su inocencia. Alix le miraba ahora indignada.

—De modo que me habías tendido una sucia trampa...

—No, no es así...

—El chico estaba harto de sus desdenes, preciosa. Pero nosotros hemos cambiado el programa. Ahora ustedes se van a apear en marcha...; no se asusten, con paracaídas y en lugares distintos. No sé cuánto pagarán por usted sus parientes, pero lo que es la madre de él va a tener que abrir bien la bolsa si quiere verle vivo.

Veinte minutos más tarde, Gogó, más muerto que vivo, estaba atalajado con un paracaídas y escuchaba a uno de sus captores.

—Si no quieres estrellarte allí abajo, recuérdalo bien. Cuando hayas contado diez, no muy aprisa, tira fuerte de esta anilla...

Luego abrieron la portezuela y, a empujones, porque se puso histérico, lo echaron al negro vacío.

—El instinto de conservación de los cobardes les despeja el cerebro cuando ven la muerte de cara y saben que tienen un medio de eludirla. Tirará de la anilla.

Gogó tiró de la anilla. El lo ignoraba, pero estaba descendiendo sobre un paraje solitario e inhóspito de las Cevennes, en un punto previamente marcado y con un paracaídas que llevaba marcas fluorescentes sólo visibles con lentes de rayos infrarrojos. Allí abajo, tres hombres estaban aguardándole.

Lo recogieron dos minutos después de que hubiera aterrizado, y cuando acababa de desmayarse, porque se había roto una pierna al chocar torpemente contra el suelo. Su primer encuentro con la realidad lo tuvo al descubrirse tumbado en un camastro, con la pierna entablillada, dentro de lo que parecía mía cueva y era, en realidad, el interior convenientemente escenografiado de una cabaña. Dos desconocidos barbados y de tremebundo aspecto le miraban mientras un tercero terminaba de atalajarle la pierna.

—Te la rompiste al descender —le informaron—. De modo que lo mejor para ti es que te estés quieto.

La señora Monencourt no se enteró del secuestro de su hijo hasta pasadas setenta y dos horas. De hecho, ella casi nunca sabía con certeza por dónde andaba su hijo y, además, ahora estaba entusiasmadísima con un aristócrata español al que había conocido tal y como el Poderoso Om-Phong le pronosticara. En estas condiciones, la señora Monencourt se olvidaba casi de todo.

De todo menos de sus negocios, de su hijo y de consultar a su astrólogo.

Y entonces supo la noticia.

—Le advertí que esa muchacha sería la causante involuntaria de un daño para su hijo. Algo le ha ocurrido, algo relacionado con bandidos.

La señora Monencourt se asustó muchísimo. Pero siguiendo los consejos de su astrólogo, no acudió a la policía.

—Alguien llegará hoy mismo a traerle noticias de su hijo. Espérole y escúchele; luego venga a contármelo todo. Veo un inmenso peligro cerniéndose sobre su cabeza y sólo yo lo puedo conjurar.

La atribulada señora aguardó con el corazón en un puño la visita. Y

cuando llegó, no pudo, desde luego, conectar a aquel arrogante y elegante individuo con el Poderoso Om-Phong, aunque ambos eran la misma persona.

Alan se mostró sereno y persuasivo.

—Usted, señora, sólo tiene un hijo. Su hijo es un perfecto inútil, un sinvergüenza y un fantoche, pero gracias a los millones que usted y su difunto marido reunieron, ese botarate se ha estado pegando la vida padre, fungiendo de *play-boy* y dándoselas de importante, cuando sólo es un parásito pequeñito. Más para usted es su único hijo, la luz de sus ojos y la alegría de su corazón. De modo que suponemos que estará dispuesta a pagar un buen precio por recuperarlo sano y salvo.

La señora Monencourt estaba dispuesta a pagar. Pero tenía el alma de tendera y se dispuso al regateo. Alan no se lo toleró.

—Mi querida señora Monencourt, conocemos al dedillo toda su vida y milagros. Nos parece de perlas que usted disfrute a fondo de la vida y de todos sus placeres, dado que puede costárselo. Pero a nosotros también nos agrada disfrutar; como a los terráneos. Y necesitamos engendrar una nueva raza que en su día se haga cargo de regir a la Humanidad, cambiando de arriba abajo sus códigos de moral y sus costumbres. De modo, señora Monencourt, que usted va a pagarnos veinte millones de francos en la forma que le voy a indicar...

Antes de marcharse, Alan reiteró su aviso:

—Tiene veinticuatro horas para decidirse, señora. Consúltelo con la almohada, o con su astrólogo..., pero sólo tiene veinticuatro horas. Y no cometa la estupidez de ir a la policía, pues ya sabe cuán poco éxito ha tenido en otros de nuestros trabajos.

La señora Monencourt estaba anonadada. Veinte millones, para ella, que tenía algunos centenares y también la mentalidad de una modistilla de la banlieue, eran tantos millones que sentía como si le fuesen a arrancar el hígado. Pero aquellos extraterrestres se habían apoderado de su hijo, y:

—Le traeremos sus orejas y su nariz para que vea que no bromeamos...

Consultó con el arrogante noble subpirenaico cuando éste, media hora después de la partida del emisario de los secuestradores, tuvo el impagable acierto de llamarla para citarla.

—Venga a mi casa, por favor. Estoy en un tremendo apuro...

El aristócrata supo ponerse a la altura de las circunstancias.

—Algo he oído acerca de esa gente y de sus métodos... Mi consejo, si puedo permitirme dárselo, *madame*...

—¡Oh, sí, sí...!

—Entonces, pague. Pague y calle, porque podrían matar a su hijo y eso no se lo perdonaría jamás. Por otra parte, ¿qué son para usted veinte millones?

Psicológicamente, muchísimo. Por eso se fue a ver a Om-Phong.

—Pégueles. Sin rechistar y guardando absoluto silencio acerca de lo sucedido. Son poderosos y temibles, pero si les obedece no volverán a molestarla más. Y su horóscopo me dice que su propia vida, más la de su hijo, dependen de la decisión que tome. Marte y Saturno están rozando la Mansión de la Muerte, pueden pasar de largo, pero también pueden entrar. A él le ha ocurrido algo, una lesión de relativa importancia, no puedo concretarla. Está en un lugar oscuro, en las entrañas de la tierra, una mina, o caverna...

Cuando al día siguiente, a la hora convenida, Alan se personó en el domicilio de la señora Monencourt, ésta estaba vencida y se allanó a todas sus exigencias.

—En el plazo de siete días depositará ese dinero en los Bancos que aquí se indican, a los nombres señalados, también. Lo hará de la forma más discreta, utilizando como intermediarios a los mismos que utiliza para escabullir capitales al Fisco de distintos países, y bajo ningún concepto tratará de indagar el destino que pensamos darle a ese dinero. Si falta a esa condición, le garantizo que su hijo y usted no seguirán disfrutando de la vida, señora.

La señora Monencourt pagó. Con todo el dolor de su corazón, pero pagó. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas y asesorándose debidamente de dos hombres: el Poderoso Om-Phong y el caballeresco aristócrata hispano que Dios le había mandado para alivio de sus tribulaciones en una prueba de Su misericordia; al menos así ella lo creía de buena fe.

Mientras tanto, Gogó pasó una semana de órdago, como nunca se imaginó en sus peores sueños. Finalmente le sacaron, de noche, de su encierro; lo llevaron en procesión nocturna a través de un campo silencioso bajo una monótona lluvia hasta una especie de ambulancia o furgoneta, sin ventanillas, y tras varias horas de

incómodo viaje, fue dejado en la que parecía una calle no muy concurrida. Se abrió la portezuela, dejándole ver la luz grisácea del alba de un día lluvioso, subió uno de sus raptos, cubierto con bata blanca, y le puso una inyección...

La señora Monencourt recibió el aviso por teléfono.

—Su hijo está ya en su apartamento; puede ir a verle.

Ni la madre ni el hijo contaron una palabra a nadie de lo sucedido. Para todo el mundo, Gogó se había fracturado la pierna practicando deporte de montaña en compañía de sus caros amigos Zazi y Toby, los cuales, a su debido tiempo, corroboraron la historia, porque tras pasarse ocho días a pan y agua, con mucho sobresalto y gran preocupación por sus pellejos, decidieron que era más prudente cerrar el pico y seguir a rajatabla el consejo de sus raptos. No hay como el miedo para volver sensata a la gente.

La señorita que atendía por Alix no volvió a ser tratada por Gogó. Alguna que otra vez, en el futuro, él la tropezó en alguna parte; pero siempre ella hacía como que no le veía y él, por su parte, la esquivaba aprisa. Estaba seguro de que a sus padres también les sacaron buen dinerito y que ella no le iba a perdonar jamás su abortada intentona. Cuanto menos la tratara, mejor...

En cuanto a la señora Monencourt, retornó a su vida habitual. Cuando el aristócrata español se disculpó caballerescamente, alegando que debía retomar a su país por asuntos de familia, se despidió de él cariñosa y agradecida. Por otra parte, lo sintió en el alma el día, tiempo adelante, en que el Poderoso Om-Phong le comunicó que debía retomar a las montañas himaláyicas para sujetarse a una temporada de meditación absoluta.

—Sólo serán diez años. Pero usted no va a necesitarme ahora; por un largo tiempo, su horóscopo indica serenidad.

Tenía muchísima razón. Semanas más tarde, cuando estaba tomando un baño caliente tras una noche muy ajetreada, la señora Monencourt sufrió un colapso y le dio un susto de muerte a su doncella. La muerta, no obstante, resultó ella, a causa, como averiguó la autopsia, de uno de esos traidores verdugos de la especie humana. Tenía varices, un coágulo de sangre le había provocado una embolia.

—Mi palabra de honor que en su horóscopo no había nada de eso —aseveró Alan al conocer la infausta nueva—. Al contrario, le

garantizaba una vida alegre, cómoda y sin complicaciones durante todo el año actual.

—Estaba de Dios; que descansen en su gloria —repuso, blandamente, el marqués Alessandro Ferrante da Montalto. Y luego pidió otra botella de champaña helado.

CAPÍTULO XII

Todas las historias tienen dos caras, como las monedas. La otra cara de ésta es tan opuesta que, a decir verdad, uno casi no osa mencionarla; pero como un mínimo de objetividad informativa fuerza a ello, allá va.

A lo largo y ancho de este endemoniado mundo, donde a diario ocurren tantos desastres, naturales y de los otros, siempre hubo y habrá una raña de seres especialmente dotados por Dios para justificar con su conducta Su gran benevolencia hacia toda la especie humana. Esos hombres y mujeres realizan una labor cuasi anónima y, desde luego, sin esperar por ella honores ni prebendas. Humildes y sencillos, llevan la semilla del Amor serena, quietamente, sembrándola a todo su alrededor con la misma naturalidad con que respiran. Pertenecen a todas las clases sociales, a todos los colores de piel, a todas las confesiones religiosas; pues los elegidos de Dios lo son sin discriminaciones de ningún género. Viven, laboran y mueren comúnmente envueltos en el anonimato que desearon y sólo les conocen algunos de aquéllos a quienes ayudaron, no por caridad —ofensiva palabra, si bien se mira—, sino por solidaridad humana, por amor al prójimo.

Pues bien, acá y allá, uno y otro día, algunos de esos hombres y de esas mujeres solían recibir, inesperadamente, la visita de desconocidos tan misteriosos como cordiales y simpáticos. Siempre tales visitas acontecían cuando el visitado estaba en mayores apuros crematísticos. Y más o menos, el meollo de la conversación era éste: —Señor (o señora). x... Usted no me conoce ni tampoco este detalle importa demasiado. Lo que voy a decirle le va a sonar a fábula fantástica, pero tampoco importa demasiado. Soy el mensajero de una agrupación de seres humanos. Esas personas no tienen ningún interés en la publicidad y a usted no le haría ningún bien conocer su identidad. Lo que usted está necesitando ahora no son discursos ni sonrisas, ni buenas promesas; lo que necesita es dinero contante y sonante para atender a una serie de problemas que se le antojan poco menos que insolubles. ¿Es o no así?

—Pues sí...

—¿Cuánto es lo que usted necesita? La cantidad aproximada.

—Pues... Tal vez podría arreglármelas con... cien...

—Tome doscientos. Y no se moleste en extenderme recibo.

—Pero...

—Sin peros. Este dinero perteneció a gentes que emplearon su vida en amasar una gran fortuna por los medios usuales y a quienes aquellos de los que soy emisario convencieron para que emplearan parte de sus excesivas riquezas en aliviar el dolor y la miseria de quienes nada tienen. Usted no haga preguntas, coja ese dinero y dele buen empleo. Es posible que volvamos a vernos y también es posible que no, pues somos pocos y muchos, usted lo sabe, los que en el ancho mundo necesitan ayuda inmediata; no nos gusta tener favoritos a la hora de efectuar el reparto. Tampoco me de las gracias, porque, se lo repito, sólo soy un distribuidor de lo que otros recaudan. Quizá, bien mirado, nuestros métodos no resulten muy ortodoxos, pero nos ponemos en manos de Dios, que es quien, en definitiva, habrá de juzgarnos.

Más o menos, eso era lo que hablaban aquellos extraordinarios mensajeros con aquellos hombres y mujeres entregados por pura y limpia vocación a ayudar al prójimo realmente necesitado. En otras ocasiones, aquella especie de ángeles benefactores caían como del cielo en un hogar agarrotado por la miseria y la desesperación, igual de sonrientes y serenos, dejaban un puñado de dinero y desaparecían como llegaron, sin siquiera dar un nombre al que los beneficiados pudieran acogerse para rogar por él a Dios. O bien:

—Mire usted, lo único que podemos decirle es lo que nosotros mismos sabemos. Alguien que mantiene el incógnito nos ha pagado por adelantado la intervención quirúrgica que va a salvar a su hijo.

—No tenemos ni la menor idea. Pero aquí está depositado, con esas instrucciones y limitaciones, el dinero que permitirá a su madre tener los cuidados y atenciones médicas necesarios para sobrevivir y, tal vez, curarse.

—Qué quiere que le diga. Yo sólo sé que ese señor se personó aquí, compró el piso, lo pagó al contado y ordenó que fuese puesto a su nombre...

—Mire, yo no creo en milagros, la verdad, pero después de esto... Era una señorita muy guapa y elegante. Vino, adquirió la silla de

inválido, la pagó al contado y ordenó que la trajéramos aquí enseguida, dándonos una buena propina.

—Les digo que no tengo la menor idea de su identidad. Cuando en estos tiempos que corren le pasa a uno lo que me ha pasado a mí, uno se pone a pensar si no será verdad eso de que hay Dios y santos... Porque vamos, ustedes se benefician, no digamos, del regalito; pero yo, que lo he cobrado a tocateja y veo ahora la situación de ustedes, vamos, que no es que sea ningún santo, pero... aquí va la mitad de mis beneficios en la operación y que les aproveche. No hay derecho a que seres humanos estuvieran como ustedes estaban.

Eso ocurría en todos los cinco continentes, con infinitas variantes porque infinitas son las necesidades de millones y millones de seres humanos. Unas veces era un saco de arroz; otras, unas muletas; otras, una casa decente, o una bicicleta para tirar del carrillo en que se llevaban productos campesinos al mercado. Una beca para un muchacho de brillante inteligencia que corría el riesgo de convertirse en un triste peón, una intervención quirúrgica de urgencia que salvaba una vida, una hipoteca usurera cancelada *in extremis*...

Pero todo eso ni es brillante ni es interesante. Además, si bien se mira, casi resulta más inverosímil que lo anterior. Por lo mismo no es cosa de extenderse en detalles. ¿Para qué?

Pero ocurría. A diario, en todos los países. Misteriosos emisarios de misteriosa gente que parecían tener misteriosas fuentes de información y que se esfumaban tras su inesperada y providencial visita, sin dejar rastros. Naturalmente, acá y allá, su aparición llegaba a saberse, despertaba interés...

—Bueno, siempre hay gente a la que le gusta rodearse de misterio y fantasmagorías, como a otros les vuelve locos la publicidad de lo que hacen. Es un medio como otro cualquiera de alimentar el ego.

—A mí me parece que no son gente normal. Ya me entienden, juraría que se trata de alienígenas...

—Algún ricachón arrepentido de sus muchas canalladas, que antes de morirse, para ganar el cielo, está tratando de comprar una parcelita haciendo caridad innominada.

—Cualquiera sabe. A lo mejor lo han robado y se tapan con ese cuento. Yo que la policía investigaría a fondo.

Pero la policía tiene sus limitaciones, como todo lo humano. Incluso la Interpol; incluso las policías secretas y supersecretas. Lo único que sabían de cierto era que:

—Es una especie de Maña, una organización a escala internacional, no caben dudas. Muy poderosa y probablemente financiada por los chinos. Tratan de dinamitar las estructuras básicas de la sociedad capitalista occidental por medio de un ingenioso terrorismo incruento y sarcástico, eso es todo. Si no logramos desenmascararlos, capturar a alguno de ellos, es simplemente porque la conspiración ha sido preparada cuidadosamente durante años y con muchísimos medios materiales, porque utilizan a personal altamente entrenado...

En algunos sancta sanctorum donde presúmese que se saben muchas cosas, algunos expertísimos individuos, muy poco, o nada, conocidos por el gran público, se mostraban bastante preocupados.

—Sabemos que desde hace algún tiempo seres procedentes de otros mundos rondan nuestro planeta y que, probablemente, algunos de ellos están entre nosotros. Sin duda se trata de seres mucho más potentes, en cuanto a intelecto, que nosotros y también dotados de medios técnicos mucho más perfeccionados... Todo lo que sabemos acerca de la actuación de esa gente apunta hacia la actuación de cerebros superiores en posesión de medios de excepción. Y ese baño de burlón sarcasmo que impregna todos y cada uno de los casos en que presuntamente han intervenido apunta con nitidez a la misma conclusión. Así obrarían algunos adultos, de alto nivel intelectual y muy especiales modos de pensar, con un puñado de chiquillos díscolos a quienes desearan dar una lección y meter en cintura...

Siempre lo mismo, siempre el hombre buscándole explicaciones raras a todo aquello que su mente no puede asimilar ni comprender, rechazando en cambio, de modo sistemático, las explicaciones más racionales.

Y aquel día de San Silvestre, en el pequeño oasis de paz del Principado de Liechtenstein, mientras caía la nieve densa sobre la tierra yerta y cubierta por el albo, espeso, manto, a una temperatura de bastantes grados bajo cero; mientras un silencio perfecto, inmarcesible, dominaba campos y montañas, en el suntuoso y caldeado comedor del castillo del marqués de Piazzaferrata, nueve hombres y cuatro mujeres, todo el Estado

Mayor del Grupo en pleno, hallábanse reunidos en alegre y animada compañía para celebrar el tránsito de un año a otro, vieja costumbre que las gentes vulgares suelen celebrar con bullanga y borrachera porque sí, porque lo hacen todos, porque hay que imitar a los demás, aunque a uno le duela una muela o acabe de estropeársele un negocio, o tenga al chico pequeño con escarlatina, o se haya peleado hasta el insulto personal con el cónyuge, o simplemente le reviente moverse de casita e ir a azacanearse de mala manera, en compañía de unos cuantos.

Pero en El Castillo, aquella noche de fin de año no había idiotas, ni insulsos, ni aburridos; ni tampoco borrachines de ocasión. Allí, bajo las rutilantes lámparas antiguas, alumbrados por ellas y por los hermosos y no menos antiguos candelabros de plata repujada, alrededor de magnífica mesa aderezada con mantelería de hilo bordado a mano por sabías artesanas, cubierta de cristalería de Sajonia y Murano, de plata antigua, porcelana finísima, viandas y vinos exquisitos, se hallaban reunidos trece seres excepcionales en todos los sentidos, listos para pasar de un año a otro en amor y compañía, alegres y felices con esa satisfacción que dan los sueños bien cumplidos.

Mirando a sus invitados y compañeros, el marqués Alessandro Ferrante da Montalto estaba resumiendo las actividades del clan en aquel año que acababa.

—... Hemos efectuado, sin fallo ni percance, dieciséis operaciones en el año que esta noche termina. El beneficio neto, dado que todos los gastos de dichas operaciones son cubiertos por nuestro dinero y el de nuestros colaboradores en las mismas, asciende a la suma global de sesenta y cuatro millones de dólares americanos, lo cual podría decirse que no es un mal negocio. De esos sesenta y cuatro millones, cincuenta y seis han sido ya distribuidos, en la forma usual, por nuestros emisarios en noventa y cuatro países, aliviando la situación de unos cuatrocientos mil infelices acosados por la miseria, la enfermedad u otra cualesquiera de las lacras que azotan a la sociedad humana. Los ocho millones restantes pasan al fondo de distribuciones del año próximo. Tenemos en cartera dos operaciones contratadas por políticos, una por particulares y cinco por nuestra propia iniciativa, pero de todo ello trataremos a partir de pasado mañana. Ahora, mis queridos amigos, deseo alzar mi

copa con vosotros por el año que termina y las muchas satisfacciones espirituales, físicas también, que nos ha proporcionado. A la salud del año que se va.

—¡A su salud!

Bebieron todos de aquel magnífico champaña, único que se servía en la mesa del marqués, y éste añadió:

—Ahora otro brindis por el año que llama a la puerta, para que nos traiga nuevas y magníficas satisfacciones, aventura, riesgo, alegría y paz espiritual. Y porque Dios siga concediéndole a nuestro Grupo fortuna y larga vida, contra todos los ruines del mundo.

—¡Así sea!

Trece comensales. Un número mágico, maléfico para algunos, afortunado para otros.

Y por encima, Dios. Por encima de todo, incluso de los pobres códigos humanos, tan imperfectos y vulnerados ellos.

Afuera caía densa la nieve del día de San Silvestre sobre las montañas y los valles del idílico Principado de Liechtenstein, en el mismo corazón de la vieja y hermosa Europa, la de los grandes destinos.

Y todo era paz.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess McCarr en el western y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para Easa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.